

**DENTRO
DEL
ORIGEN**

DENTRO DEL ORIGEN

KIERNAN PREVE

Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Kiernan Elizabeth Preve.
Diseño de interior: Kiernan Elizabeth Preve.

Preve, Kiernan Elizabeth

Dentro del origen / Kiernan Elizabeth Preve. - 1a ed. - Córdoba :
Tinta Libre, 2023.

150 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-824-240-8

1. Narrativa. 2. Novelas. 3. Novelas de Ciencia Ficción. I. Título.

CDD A863

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio,
total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.

Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y
distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad
de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2023. Preve, Kiernan Elizabeth
© 2023. Tinta Libre Ediciones



*«Es suficiente para mí saber que tú y yo
existimos en este momento.»
Gabriel García Márquez*

*«Siempre dicen que el tiempo cambia las cosas,
pero en realidad tú tienes que cambiarlas.»
Andy Warhol*

Extracto de ensayo

“Sobre la relación de la tecnología moderna, y el medio”

¿Quién diría que la recién nacida humanidad llegaría a este punto tecnológico? Los avances han sido vertiginosos en el último siglo, a tal magnitud que lo que antes formaba parte del propio universo fantástico e irreal de las historias de ciencia ficción, es reflejado posteriormente en el mundo real, seco y crudo; solo es cuestión de tiempo.

Así como la tecnología crece a pasos agigantados, nuestro dominio sobre el ambiente y la extracción de recursos es proporcional a ello, para «bien» o para «mal». Ah, el divertido juego del bien y el mal.

Solo unos pocos hacen el «bien» sabiendo que este no existe, pero aun así desean que por sobre todas las cosas prevalezca el orden sobre el caos.

¿Realmente se puede evitar la entropía? A veces pienso que eso es tan irreal como los propios libros de ciencia ficción.

Ádam Levi
Estudiante de Licenciatura en Física

19 de marzo de 2021

Notas extraídas del Portal MR365

13/04/21

Un grupo de estudiantes de la Universidad Nacional de Mércorin realizan importante hallazgo al descubrir nueva partícula subatómica utilizando el nuevo acelerador de partículas estatal de la institución.

Afirman que en teoría sería posible transportar pequeñas cantidades de energía de forma instantánea a través del espacio, debido a un tipo de singularidad producida que aún están estudiando.

21/10/22

El departamento de física de la UNM tiene el privilegio de contar con las mentes más brillantes de esta década. La continua investigación ha dado frutos, y en el día de ayer, en un experimento efectuado en una cámara aislada, se consiguió transportar instantáneamente una moneda a una distancia de casi dos metros. Esta noche presentarán conferencia en el auditorio universitario, explicando cómo es posible transportar materia con cantidades mínimas de energía.

07/05/23

Se ha efectuado con éxito el transporte de un chimpancé a través de 43 km de distancia. Según los expertos, las estructuras neuronales no se vieron afectadas en absoluto. Ambientalistas critican el uso de animales para experimentación científica.

Otras instituciones, tanto públicas como privadas, denotan las fases de prueba como demasiado apresuradas, criticando los protocolos de seguridad.

25/02/24

El presidente anuncia felizmente ser parte del primer país con distribución masiva del nuevo sistema de transporte instantáneo por parte del estado, y empresas que compraron la licencia. Por cuestiones técnicas, se ha limitado el número de personas máximas dentro de una de estas máquinas a cuatro. Críticos aseguran falta de pruebas suficientes y exigen mayores medidas de seguridad.

El gasto de energía es mínimo y no produce contaminantes de ningún tipo. Se habla acerca del invento del siglo.

Con el nuevo sistema de transporte de gasto energético mínimo, se han puesto en desuso el resto de vehículos de transporte.

Si bien todavía se utilizan algunos camiones o barcos para el transporte de materiales de alta carga, el número de vehículos motorizados por sistemas de combustión interna se ha reducido notablemente. Esto ha tenido un enorme impacto en las ciudades de todo el mundo, especialmente en las más grandes. Muchas calles se han hecho peatonales, lo que impulsó el retorno de la bicicleta como medio habitual de transporte para trayectos cortos.

A pesar de que la manufacturación de una unidad «portador» tiene actualmente un precio elevado, se compensa en gran medida por su mínimo consumo e inexistentes contaminantes y/o radiaciones perjudiciales. El precio del viaje para el pasajero es comparable al precio de viajar en un vehículo tradicional.

Los más optimistas aseguran que cuando el costo de fabricación se abarate, cada familia podrá tener uno de estos dispositivos en su casa. Incluso hay algunos osados pronosticadores que aseguran que en un futuro no muy lejano se podrá llevar un «portador de bolsillo», como si de un reloj pulsera se tratase.

La UNM ha obtenido un reconocimiento y respeto mundial dentro de las instituciones académicas, siendo galardonada con varios premios y elogios de las figuras más influyentes del globo.

Jonas Carter
Periodista científico

Capítulo 1

Destinos alterados

O siris estaba mirándome, como todas las mañanas, muy despreocupado, limpiando sus bigotes sentado sobre la ventana, esperando a que me despertara para escaparse de un salto por el tejado.

Hoy desperté a las siete. Los rayos del recién nacido sol se difuminaban a través de las cortinas blancas. Resultaba curioso ver cómo los dibujos en la tela se dibujaban sobre el suelo, a modo de proyector natural.

Me gusta el nuevo apartamento en donde vivimos, hay más espacio y cada uno puede tener su habitación. Por cierto, vivo con un estudiante de ingeniería electrónica llamado Lucas Winston, o al menos así lo llamaremos en este relato.

Y esta es mi historia. Nuestra historia. La historia que demuestra que hasta tus más pequeñas decisiones repercutirán enormemente en el futuro.

Después de hacer los menesteres mañaneros y ver cómo Lucas devoraba él solo un paquete de *Kripkos*, dejando la mitad de las migajas en su suéter, nos dispusimos a salir para encontrarnos con Andra. Ella vive en el apartamento de enfrente, el 58. Se apellida igual que mi compañero de vivienda, aunque sorprendentemente no tiene ningún parentesco con él.

Digo «sorprendentemente» porque no es un apellido muy común en esta región.

Andra siempre viste colores pastel suaves; hoy llevaba un conjunto color verde manzana, que hacía juego con sus ojos. No es que sea un gran observador, de hecho a veces soy bastante distraído, pero ese hecho me quedó grabado en la memoria.

—Esperen un minuto, me olvidé de algo —dijo la chica un momento después de haber salido. Cuando se dio vuelta, pude ver un pequeño broche dorado con forma de mariposa colocado en su corto pelo castaño. De los tres, era la que tenía el cabello más claro, seguida por Lucas con su frondosa cabellera.

A decir verdad, no es que él tenga el cabello rizado, sino que más bien es que nunca se lo peina.

El suelo del complejo estaba muy limpio, como de costumbre, y los árboles del patio brindaban una atmósfera perfecta con el cantar de los pájaros a la mañana, arribándonos la temporada otoñal. El lugar hacía una especie de «O» cuadrada con un pequeño patio en el centro. Nos considerábamos afortunados de estar en un lugar así.

—Ada, creo que llevas los pantalones al revés... —me comentó Lucas. Y estalló en una risa incómodamente audible.

Mi nombre completo es Ádam Levi, pero me dicen simplemente Ada, tal vez porque cuando era un pequeño niño no conseguía pronunciar bien mi propio nombre, y se pegó en la familia, de forma cariñosa.

—¡Otra vez! La segunda esta semana... Esto de tener exámenes finales juega con mi cerebro —exclamé mientras miraba si al menos llevaba calcetines del mismo color—. Cuando lleguemos a la universidad me lo arreglo, ya vamos tarde.

—Si no tienes problema en andar así por la calle... —mencionó mi compañero de vivienda.

Ojalá los pantalones fueran idénticos de los dos lados, aunque tal vez sea completamente innecesario. Hace poco me enteré de que ambos calcetines son iguales. Antes juraba diferenciar el «izquierdo» del «derecho». Toda una ilusión.

En ese momento Andra salió de su apartamento y cerró la puerta. Portaba una casi imperceptible sonrisa en el rostro, como cada uno de los días de su vida. Parecía que nada en absoluto pudiese desanimarla, por más complicada que estuviera la situación.

—¡No encontraba mi celular! —dijo la chica sonriendo— Resulta que Osiris lo había escondido debajo de una almohada, el muy travieso. ¡Nunca había tenido un gato tan avisado!

Comenzamos a caminar lentamente por el pasillo a la vez que el fresco aire nos daba en la cara. Una hoja amarilla se coló por la abertura, girando invariablemente hasta caer en uno de los azulejos rojizos. El comienzo del otoño cobraba sus primeras víctimas.

Bajamos las escaleras y salimos a la calle. El portador más cercano estaba a dos cuadras. Todos asistíamos al mismo lugar; las aulas de Andra estaba en el mismo edificio que el nuestro, por lo que casi siempre viajamos juntos. Antes de que se inventara el nuevo sistema de

transporte, tardábamos alrededor de una hora en viajar mediante autobús. Aunque he de decir que antes agradecía tener esos tiempos muertos, ahora siento que ni bien terminamos una cosa, ya estamos en la siguiente...

Sobre la vereda había un poste publicitario, y la imagen mostraba el anuncio de un coche eléctrico auto-manejable.

Tessal. Tecnologías para la humanidad del futuro.

Modelo X' (Volante opcional.)

La comodidad de viajar como en un Portador.

El destino en tus manos.

Lucas se quedó estáticamente absorto mirando el anuncio y nos hizo varios comentarios al respecto del nuevo modelo de *Tessal*. Él siempre estaba notoriamente interesado por los últimos avances de tecnología para el consumidor.

Solo faltaba recorrer un trecho para llegar al punto de portación.

Qué bueno que traje la campera en la mochila, hoy parece que va a estar más frío desde el comienzo del mes.

—Andra, ¿Todavía sigues con el trabajo de termodinámica? Ya te dije que te puedo dar una mano si te hace falta —comenté mirándola a los ojos. Conocía a la chica desde el año pasado, a partir del momento en que le saqué accidentalmente un moretón en una convención de arte y literatura (si bien ella también era estudiante de física,

entrando dos años después que yo), aunque por algún motivo sentía que nos conocíamos de toda la vida, era una hermana pequeña para mí. Se mudó al mismo lugar que nosotros porque yo le indiqué que había un espacio libre y ella estaba casualmente buscando uno. Su familia trabaja en los negocios y se mueven de una ciudad a otra muy seguido, por lo que decidieron que ella se quedara en Mércorin alquilando un sitio. Un punto a favor, diría yo.

—Sí, pero ya casi lo termino, me falta explicar la entropía como falta de información para entender el sistema completo. Si encuentro algún inconveniente te avisaré, ¡gracias por ofrecerte! —me contestó sonriendo— Y tú Lucas, ¿Ya recuperaste el examen de *Electromagnetismo y medios de transmisión*?

—No, aún no hay mesas de examen... ¡Fue injusto que haya desaprobado! ¡Las preguntas que me hicieron eran muy ambiguas! Hay veces en las que no logro entender qué me están preguntando... De hecho, solo unos pocos aprobaron por pura suerte —se ajustó las gafas—. Ha habido varias quejas al respecto, pero el profesor *se ha mantenido en sus trece*.

Miré mi reloj, eran las 7:48 am. En unos minutos estaría presentándole mi trabajo de tesis a mi director. Trataba sobre el movimiento de partículas a nivel cuántico. Ya luego daría la presentación final más tarde...

Un niño pasó andando en bicicleta por la vereda de enfrente. El portador estaba a la vuelta de la esquina, unos metros más allá. Lucas dio un largo y profundo bostezo. Él iba del lado de la calle, Andra en el medio y yo al costado de la pared.

Debo decir que en ese momento estaba distraído viendo mi teléfono, seguramente sea ese el motivo por el cual choqué con una chica que dobló apresuradamente en la esquina. Fue una impecable colisión de frente que dolió más de lo debido. La miré con un ojo a la vez que me tapaba la frente con la mano, sobando mi probable futuro moretón.

Allí, delante de nosotros, estaba Luna di Bucci.

Nos habíamos visto antes un par de veces, pero con el tiempo dejamos de hablar; sentía que existía cierto resentimiento de los dos lados, aunque probablemente eran imaginaciones mías. Me miró con sus oscuros ojos portando una expresión enfadada y vociferó:

—¡Ten más cuidado por donde caminas!

Le di un rápido vistazo y vi que no había cambiado para nada. Pelo castaño, chocolate, igual que el mío, aunque tenía algunos mechones más claros.

—Tal vez si tú también prestaras atención, no pasarían estas cosas... —dije tranquilamente sujetándome la barbilla. Ella clavó su mirada en mí, entrecerrando los ojos, pero no dijo nada. Dio unos pasos, dándome con la mano un ligero empujón sobre mi brazo para que me apartara, y siguió su camino sin vacilación. Lucas hizo un gesto con las manos queriendo decir que la chica estaba chiflada.

«Completamente descarrilada» eran sus palabras.

Observé mientras Luna di Bucci desaparecía por la esquina, a la par que un suave aroma arbóreo se iba con su marcha apresurada.

—Parece que estaba algo apurada... —comentó Andra mirando también en la dirección por la que Luna se había ido— Bueno, vamos al portador o llegaremos tarde.

Andra siempre tan puntual. Desde que la conocemos y vamos juntos, nunca llegamos tarde. ¿Y antes de eso? Ehhm...

Asentimos y seguimos caminando hasta llegar a la cápsula. Era de un color gris mate, con bandas rojas cruzándose horizontalmente. Tenía puertas dobles automáticas y en la parte superior estaba escrito MR-07, su número de serie dentro de la ciudad. Los portadores funcionan gracias a un sistema de tarjetas recargables, y prácticamente si te metes en uno puedes ir a cualquier parte del globo si tienes el dinero suficiente. Nuestras credenciales de estudiante solo nos permitían hacer viajes gratis a la universidad.

Entramos a la máquina y nos colocamos en los asientos con seguro. A los costados de las paredes vi algunas de las usuales indicaciones para el viaje.

Siempre, verifique su cinturón de seguridad.

El viaje con mascotas solo está disponible en portadores con seguros especiales.

En caso de emergencia, podrá hacer un viaje al Centro de Bienestar más cercano.

Estaba por presionar el botón para iniciar el viaje, cuando por el umbral de la puerta entró alguien. Luna, otra vez;

al parecer, se había olvidado de algo en la universidad. Apartó la vista rápidamente de mí, y se sentó en el último asiento restante, al lado de nuestra amiga.

—¿Vas a la universidad? —le preguntó amistosamente Andra, dando una delicada sonrisa que derretiría hasta el tungsteno. Luna asintió, devolviéndole una sonrisa improvisada, pero sincera.

Inicié el sistema. Se cerraron las puertas y un zumbido empezó a sentirse en aquella cámara. El suelo comenzó a vibrar y nos preparamos para el «salto». Entonces en aquel momento, tal vez por un descuido, sumado a la fuerte vibración, algo cayó de la mochila de Luna. Alcancé a ver casi en una décima de segundo que era un *Magpen*. Esta era la clase de bolígrafo que estaba de moda aquel año entre los estudiantes de arte. Era igual que uno normal, pero con la diferencia de que tenía un imán que hacía que la bolilla funcionase con mayor fluidez y precisión, o al menos eso era lo que decían sus publicidades. Lo cierto es que el *Magpen* cayó limpiamente, sin siquiera rozar los bordes de la rejilla de ventilación en el suelo del portador.

En ese instante se produjo el salto (con el usual breve zumbido) y todo volvió a la normalidad. El silencio perduró nuevamente dentro de aquel lugar. Nos sacamos los seguros y tomamos nuestras cosas. Lucas abrió las puertas oprimiendo el brillante botón azul en una de las paredes; y entonces se quedó rígido como una roca.

Y es que afuera no estaba la ya conocida entrada de la universidad, con sus grandes ventanales de vidrio, y grises paredes descuidadas, sino que se extendía un frondoso bosque que cubría toda la visión.

Capítulo 2

Forasteros en lo desconocido

Cerré los ojos por un instante y los volví a abrir. Árboles. Altas arboledas extendiéndose desde unos pocos metros de la puerta, sin dejar ver qué había detrás.

No, no estoy soñando.

El aroma a lavanda entraba a la cámara traído por la suave brisa del viento. El suelo está cubierto de estas florecidas plantas, como una alfombra púrpura. Decenas o centenares de coloridos pájaros con enormes colas revoloteaban bajo el firmamento.

—¿Así que esto es el cielo? —expresó Andra con su fina y delicada voz. Ciertamente, es algo demasiado irreal para este mundo, nunca había visto algo así.

Luna fue la primera en recuperar la compostura y poner los pies en la tierra, dando lugar a una inesperada racionalización.

—Bueno —comenzó la chica—, al parecer ha habido un fallo en el portador y hemos sido llevados a unas coordenadas equivocadas... Lo que no entiendo es cómo podemos estar aquí, si antes no había un portador en este sitio. Estas máquinas no se mueven, sino que se envían las unas a las otras la materia que está adentro, como si de mensajes electrónicos se tratase.

Me sorprende que ella sepa tanto de los portadores, hubiera esperado ese discurso de Lucas, no de una estudiante de arte.

Mis prejuicios a flote.

— ¿Y cómo sabes eso? —inquirí mirándola fijamente.

—Mi padre... trabajaba para la empresa que los comercializa, y en más de una ocasión me ha explicado brevemente su funcionamiento. Sin la parte físico-teórica, claro está.

—Claro que no, ¡La teoría corresponde únicamente a las mentes privilegiadas, Luna di Bucci! —me reí sarcásticamente. Aunque me parece que no le causó ni pizca de gracia.

—Estamos atrapados aquí, ¿Y todavía te pones a jugar con tus delirios? Si tanto conoces podrías estar intentando arreglar la máquina para que podamos volver.

Razón no le faltaba. Andra salió de un salto a dar un vistazo a los alrededores.

—¡Eh...! ¡Espera Andra, no sabes qué hay ahí afuera! —sostuvo Lucas advirtiéndole. La joven hizo caso omiso y continuó caminando hacia los árboles. El chico no dudó un momento y fue tras ella. Intercambiamos una casi inexistente mirada con Luna y salimos al exterior también. Las puertas automáticas se cerraron tras nuestro paso, a la vez que las luces fluorescentes colocadas en su superficie comenzaban a brillar con un matiz celeste y verde. Lucas agarró de la mano a Andra y la contuvo allí mismo.

—No sabemos qué puede haber por los alrededores Andra —repitió el chico—, si nos vamos a mover, lo deberíamos hacer todos juntos, o al menos eso creo yo.

—Lucas... —murmuró la chica levantando la cabeza—
¿Te estás preocupando por mí?

El joven se sonrojó rápidamente.

—Oh no, solo... —se frotó el cabello con nerviosismo—
me estoy asegurando de que todo el grupo permanezca
unido; es un instinto básico.

Mientras que Lucas le siguió explicando por qué no debían salir solos, di una mirada a los costados, sacando la cabeza por la puerta, y vi que estábamos completamente inmersos en un bosque, no se veía ningún tipo de camino o huella alguna; tampoco se escuchaba absolutamente ningún ruido, además de los pájaros volando sobre nuestras cabezas.

Me pregunté adónde habíamos ido a parar. Se me vino a la cabeza la imagen del bolígrafo de Luna cayendo por aquella rendija. Por un momento estoy considerando la posibilidad de que eso haya tenido algo que ver con el fallo en el portador... de hecho, es bastante probable. Después de todo, nunca había escuchado que pasara algo así en estos meses. La máquina no tenía mucho tiempo desde que se terminaron las pruebas de control... ¿Es posible que tenga algunos fallos no descubiertos todavía?

El hecho es que estamos aquí, atrapados en este lugar desconocido, vaya a saber a qué distancia de la ciudad.

—Luna tiene razón —sostuvo Lucas—. Lo lógico ahora es intentar ver si podemos hacer volver el portador a nuestra locación anterior... de hecho el botón de «última parada» está aquí mismo —comentó señalando el botón con el dedo a unos centímetros de la pantalla.

—¡Precisamente! Vamos adentro a averiguarlo —indicó señalando exageradamente la voluminosa máquina.

Entramos nuevamente y nos sentamos en las ubicaciones. En el tablero digital indicaba 11:27:04:23. Pulsé el botón de regreso a la última parada. Los números cambiaron a 20:24:04:23.

—Mmm, interesante —afirmó Luna agarrándose la barbilla con su índice y pulgar.

—Creo que eso bastará —aseveré mirando cómo las puertas se cerraban—. ¿Todos listos? ¡Prepárense para el gran salto! —exclamé apresuradamente estas palabras y presioné el botón para iniciar el viaje.

Debo decir que me quedé con una expresión estúpida en el rostro por unos segundos, transcurridos los cuales no sucedió nada, ni siquiera se produjo el conocido zumbido.

—Esto no puede ser bueno... —dijo para sí mismo Lucas— Tendré que fijarme si puedo arreglar lo que está fallando, si es que encuentro el problema. Aunque no tengo con qué trabajar.

—Ahora que lo mencionas, recuerdo haber escuchado a mi padre decir que todos los portadores tiene un compartimiento especial con las herramientas adecuadas para los técnicos de reparación, aunque no tengo la menor idea de adonde puede estar. —sostuvo Luna inclinando la cabeza a un costado.

—Seguramente estará en... —intenté decir, pero fui interrumpido por un ruido del exterior. Se escuchaban voces hablando, aunque no se entendía bien por el hecho de que las puertas estaban cerradas. Andra se levantó con una sonrisa.

—¿Nos habrán venido a rescatar? —se preguntó e inmediatamente después pulsó el botón para abrir la puerta sin dudarlo.

Muchos considerarán que esto es un acto de irracionismo, pero tarde o temprano tendríamos que haber salido de todas maneras.

Nos habían encontrado, sí, pero no eran los que esperábamos.

Múltiples ojos nos miraban desde fuera. Algunos tenían miradas de sorpresa, otros de felicidad. Pero lo que predominaba entre todos era la expresión de no saber lo que estaba ocurriendo. Iban vestidos con ropas sencillas y anticuadas, pero no perdían su apariencia de gente civilizada con la que uno puede tratar.

«Gente civilizada...» ya parezco un antropólogo del siglo XIX.

¿Habíamos aparecido cerca de un pueblo con antiguas costumbres? Porque ciertamente no eran indígenas nativos pertenecientes a alguna reserva ecológica protegida. No, tenían más aspecto de lo que se suele llamar «medieval». Vi que algunos llevaban espadas y otros iban protegidos con armaduras resplandecientes. Uno de ellos llevaba un estandarte con colores rojos y amarillos.

En aquel instante algo hizo un «clic» en mi cabeza; y entonces algo apareció en mi consciencia. La teoría de lo que podía estar ocurriendo y «adónde» realmente nos encontrábamos. El cabecilla del grupo elevó la voz. Hablaba en el mismo idioma que el nuestro, aunque la pronunciación y algunas palabras eran ligeramente diferentes. Esto favorecía mi hipótesis.

—¿Quién sois, oh enemores o divinos del cielo?

Permanecimos callados y procedimos a salir lentamente por la abertura del portador.

—Los habemos visto aparicer con la luz de la Luna. ¿Les han enviado pore detener la guerra con los Umanaki?

Vi que Lucas estaba por estallar de la risa, él seguramente pensaba que se trataba de una mala broma.

Esboqué una idea mental y decidí aprovechar la situación.

—¡Razón tú tener! Nosotros ser hijos de la Luna, ¡Nosotros enviar como portadores de la paz! —exclamé vigorosamente.

—Ada, creo que no es necesario que hables de esa forma tan extraña, estás haciendo el ridículo. —me susurró Luna desde un costado.

—¡Nuestro transporte divino ha sido atacado por los demonios y ahora no funciona! Hemos caído aquí accidentalmente —conté dramáticamente señalando la máquina. Algunos de los hombres se estremecieron al escuchar la palabra «demonios».

—Nosotros podemos brindare comida y lugare hasta que ustedes puedan exorcizar a los demonios —comentó el patriarca— ¡Vílusum fhráresen! A cambio, ustedes deben detener la guerra con nuestrore pueblo vecino, los Umanaki.

—Detener la guerr... Ejem... —me aclaré la garganta y pensé rápidamente sobre la situación— Señores, ¡Tenemos un trato! —di unos pasos al frente y le estreché rígidamente la mano al jefe, que me miró extrañado por el gesto, aunque poco después sonrió. Los hombres de alrededor aplaudieron la escena.

Eché un vistazo a mis compañeros, Lucas me miraba aún no sabiendo si esto se trataba o no de una broma, Andra sonreía abiertamente y Luna parecía algo insegura acerca de lo que me propuse aceptar.

Iniciamos entonces el trayecto hasta el pueblo de estos hombres, el cual nos contaron que se llamaba Cörindor. Durante el camino nos contaron parte de su leyenda y su folclore local. Entre ellos había un hombre con un perfil particularmente diferente al resto de su grupo, que miraba con curiosidad y nos hizo muchas preguntas sobre nuestro lugar de origen; tenía un habla distinta a los demás, más parecida a la nuestra, y contaba con una larga cabellera colorada.

No conversamos entre nosotros, sino que más bien nos limitamos a escuchar a nuestros «anfitriones». Quise mencionarle a Lucas al oído mi teoría sobre dónde nos encontrábamos, pero desistí. Podríamos hablar de eso tranquilamente en cuanto nos concedieran una habitación para nosotros, los «hijos de la luna». Si es que todavía piensan eso de nosotros todavía.

La vegetación era espesa en aquella parte, íbamos por un sendero oculto que habíamos tomado al salir. No se me había ocurrido todavía cómo íbamos a encontrar el camino de regreso.

Miré sobre mi cabeza y vi que se estaban formando algunas nubes oscuras. Un grácil cardenal se asentó sobre una rama cercana, reluciendo sus resplandecientes alas.

—¿Estamos lejos del poblado? —interrogué al jefe nativo.

—No realmente, estamos hon una lengua de distancia a partir de aquí.

—¿Lengua? —inquirí riéndome y no dije nada más.

El joven pelirrojo me hizo una pregunta.

—¿Cómo se miden las distancias en el reino de los dioses?

—Ehh... Se miden con —empecé a decir, aunque Lu me interrumpió.

—No empleamos medidas de distancia, sino de tiempo. Aunque estas dos cosas están muy relacionadas entre sí. —dijo la chica. Aún me sorprende que haga este tipo de comentarios.

—¡Purr! Claro está. —afirmó el pelirrojo— Ya nos contarán más de su lugar en cuanto lleguemos.

Habremos tardado unos cuarenta minutos en encontrarnos con el pueblo. Era pequeño, aunque tenía la apariencia de una ciudad. Una baja muralla de piedra rodeaba todo el lugar. Me preguntaba si mis compañeros ya tenían las mismas sospechas que yo había tenido hace una hora.

Había algo en aquel poblado que me resultaba familiar, aunque no podría decir qué. Fue una especie de *Déjà visité* supongo. Mi mente me decía que algo no estaba bien en lo que estábamos por hacer. El subconsciente siempre está más atento que nosotros mismos.

Capítulo 3

Lo humano del encuentro

El cielo estaba nublado, aunque algunas estrellas se dejaban ver de a momentos, cuando se abría un claro en la bóveda celeste. Las hojas de los árboles bailaban su danza con la brisa del viento, de una forma sutil y majestuosa. Aquel día había luna menguante, y una fina aureola amarilla cubría el astro *selene*. El ambiente en sí, se sentía muy húmedo, era casi seguro que aquella noche o la mañana siguiente llovería.

La gente de Cörindor nos había dado una amplia habitación para nosotros solos; seguramente la usaban frecuentemente para los invitados, si es que los había. El lugar estaba completamente construido con una madera clara de un cálido color con tinte anaranjado, desde el suelo hasta las columnas que sostenían el blanco techo, pintado con grotescas ilustraciones que hoy día consideraríamos mitológicas.

A los costados del gran edificio había grandes balcones en los pisos más altos. Las ventanas brillaban por su ausencia, en vez de estas había aberturas ubicadas en los márgenes del techo; la temperatura era confortable. Puedo incluso decir que el ambiente de allí era más cómodo que el de mi departamento.

—¿No les parece este lugar hermoso? —inquirió Andra extendiendo los brazos en el aire. En ese momento ella

llevaba un vestido color celeste, que le llegaba casi hasta los talones. Nuestros anfitriones nos habían permitido asearnos y cambiarnos de ropa. Aceptaron mis múltiples indicaciones de guardar con cuidado nuestras prendas originales.

Me siento bastante cómodo con este ligero traje que me han dado, me brinda la apariencia de un monje oriental, incluso Lucas bromeó acerca de ello.

—«¡Falta raparte y serás todo un monje shaolin, Ada!»
—me dijo riendo.

Creo que por un momento habíamos dejado de preocuparnos por la situación en la que estábamos, dejándonos llevar por el hecho de que nos estaban tratando como reyes... ¿Pero cuánto más duraría la farsa? ¿Cuánto más tardarían en descubrir que no éramos «enviados divinos»? Habría que pensar sobre ello, y muchas otras cosas. Decidí que era tiempo de hacer una charla de «grupo».

—Queridos compañeros... —murmuré de forma lenta y pausada— Es hora de... ¡La reunión de equipo! Ciertamente, debemos evaluar nuestra posición en este momento; pasado, presente y nuestras acciones respecto a eso. ¿No les parece lo adecuado?

Lucas me miró y asintió mostrándome su apoyo. Andra me sonrió inocentemente.

—¡Luuna! ¿Dónde estás? —la llamé fervorosamente— Esta chica siempre está metiéndose en problemas.

—Estoy atrás tuyo, míster genio. ¡Tal vez deberías mover un poco el cuello! —indicó la chica con aire burlón, pero de tono serio. Eso me hizo ruborizar. Me aclaré la garganta.

—Ejem... ¡Era solo una prueba para saber si estabas atenta, pequeña Luna!

—Tengo tan solo dos años menos que tú, y al parecer, varios más de maduración. —espetó Luna.

—¡Bueno, bueno! Vamos a hablar juntos lo que respecte —propuso Andra para aliviar la situación— ¿Qué ibas a decirnos, Ada?

—Cierto... Es tiempo de que les presente mi teoría acerca de lo que está realmente ocurriendo aquí...

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado Lucas. Reí contenidamente cerrando los ojos.

—Ha pasado más de lo que parece. —me limité a decir.

—Vamos, ¡explícate de una vez! —sostuvo Luna con energía— ¿Acaso no fuimos llevados accidentalmente en el portador a otra ubicación, un lugar equivocado?

—«Llevados accidentalmente» sí, pero no a otro sitio —hice una pausa y miré a un costado—. Si no a otro *tiempo*.

Hubo un silencio que cubrió toda la extensión de aquella habitación. Uno de esos silencios que parecen tener vida propia.

—¿En... otro tiempo? —Lucas tragó saliva— ¿Cómo puedes asegurar algo así tan fácilmente?

—¡Con base en evidencias! —afirmé— ¿Es que no se han dado cuenta? ¿Nadie vio el *Magpen* de Luna caer por la rejilla en el suelo del portador? ¿Acaso no es evidente que estamos en otra época? Esto no es un pueblo con costumbres antiguas, de 2024 hemos viajado al pasado por la intervención magnética de un bolígrafo sobre la máquina, haciéndola funcionar de una forma que no

debería, ocasionando un salto temporal, por motivos que desconozco...

—¿Por un *Magpen*?! —exclamó Lucas sin dar crédito a sus oídos— Debes de estar bromeando.

—No, Ádam tiene razón.

Todos giramos nuestras cabezas para mirar a la dueña de aquella concreta afirmación, Luna.

—Cuando Ada pulsó el botón para *setear* las coordenadas de regreso, la numeración cambió de 11:27... a 20:24... ¿No es demasiada coincidencia que esos sean los números del año en que partimos? —Basado en eso... —comenzó a decir Lucas.

—¡Estamos en el año 1127! ¡Fíat lux! —clamé con aire victorioso.

—¡Oh! ¡Qué emocionante! —dijo Andra tomándose las manos— ¿No es fantástico estar en otra cultura distinta a la nuestra? —Pienso que deberíamos volver cuanto antes, no sabemos qué puede ocasionar nuestra presencia... —sostuvo Luna levantando una ceja.

—Deberé reparar el portador lo antes posible... —asumió mi compañero.

—¿Portador? ¡No! Esto no es más un portador —aseveré—. De ahora en más será conocida como ¡la primera máquina del tiempo!

En ese momento, una joven vestida con un largo vestido blanco ingresó por la puerta corrediza de la entrada.

—Disculpien que los moleste, pere la comida nocturna está servida —hizo una reverencia.

—¡Gracias! Iremos en un momento. —contestó Andra, respondiendo la reverencia.

La joven de blanco salió del cuarto y cerró la puerta tras sí.

—A lo que voy... —murmuré a mis compañeros— ¿Tienen consciencia de lo que estamos haciendo? Coincido con Luna que debemos volver cuanto antes para... Para la seguridad del futuro.

Estuvimos hablando unos minutos más acerca de cómo íbamos a proceder en los siguientes días, y después nos dispusimos a ir a la sala de comidas. Después de caminar por un ancho pasillo con esculturas a los costados, llegamos al lugar. Vimos que había un gran gentío reunido alrededor de una gran mesa oscura y lisa. Había todo tipo de vegetales, frutas y semillas en cuencos de madera y hierro.

—¡Oh! —profirió sorprendentemente el que debió haber sido el jefe del pueblo, que más tarde descubriríamos que se llamaba Shoppen— ¡Así que por fin han venido a nosotros los mensajeros de los dioses! Entendemos que tenían importantes asuntos que debatir, así que no insistimos en molestarlos. Por favor, ¡síéntense! ¡Síéntanse a gusto, son nuestros invitados especiales...!

Tuvimos una charla trivial por alrededor de una hora sobre temas inexistentes que eran propios de las creencias del pueblo de Cörindor, como los nombres de las ciudades divinas, el material sagrado con el que estaban fabricadas nuestras ropas, incluso el color púrpura del cielo de donde procedíamos supuestamente; todo esto nos hizo poner muy incómodos, porque apenas sabíamos qué responder.

Cuando por fin se sintieron satisfechos de atosigarnos con preguntas, Shoppen quiso hacernos un ofrecimiento local.

—¿Les apetecería una reicitación de uno de nuestros mejores bardos? —nos interrogó con voz grave.

—¿Un bardo? —preguntó Andra— ¡Siempre quise escuchar uno!

—Ehh, sí claro... ¿Por qué no? —declaré un poco inseguro, por alguna extraña razón.

—¡Magnífico! —vociferó Shoppen— Chicos, ¡Traigan a Vesto! —ordenó a sus sirvientes.

Tras unos instantes, los sirvientes aparecieron trayendo a un joven pelirrojo portando un notable laúd, era el mismo chico que había visto cuando llegamos.

—Bienaventurados los viajeros que vienen de mundos desconocidos —dijo el bardo con una voz que parecía trinar con cada consonante—. Queridos amigos, la pieza instrumental que les interpretaré con mi amado instrumento, se llama «Cardenal corazón de fuego»; espero que les guste. Después de eso, les contaré una antigua historia de nuestro pueblo.

Asentimos y nos acomodamos en círculo para escuchar al artista. Sin previo aviso, empezó a tocar una melodía lentamente. Poco después realizó un cambio y comenzó a tocar una serie de arpeggios muy vivaces que me recordaban al vuelo de los pájaros. Después de un conjunto de idas y venidas, el bardo finalizó la pieza con un final maravilloso y todos lo aplaudimos.

—¡Buen trabajo Vesto! Esta mei gusta especialmente —declaró Shoppen.

—¡A mí me encantó también! —dijo Andra sin parar de aplaudir.

El instrumentista guardó su laúd en una oscura funda marrón y volvió a hablar con su fina voz.

—Les agradezco a todos por sus aplausos. Ahora... —expresó mirando hacia la abertura ubicada en el techo— Les contaré una de mis historias favoritas. La escuché hace tiempo cuando era niño, y desde entonces ha quedado por siempre en mis recuerdos... Es una historia acerca del Gran Árbol de la vida.

—Nunca escuché esa, Vesto, ¿Por qué no nosa la habías contado? —indicó el jefe.

—Oh... La guardaba para una ocasión especial...

—Siendo así, comienza cuando quieras —anunció Shoppen a la vez que se tomaba una fuerte bebida alcohólica de un solo saque.

Y es así como aquel joven bardo de cabello escarlata comenzó a narrar el relato.

Capítulo 4

Leyendas de un pasado distante

Esta es la historia de Römer y Yunet, una joven pareja que residía no muy lejos de aquí, en una pequeña casa cerca de la ribera del río Gales. Vivían muy confortablemente en la tranquilidad del lugar, aunque entre sí guardaban un secreto que a veces los atormentaba en la soledad del invierno: no podían tener hijos.

Cierta tarde de nubes claras, el joven había ido al lago para darse un baño en las frías aguas cristalinas. El crepúsculo había llegado hace tiempo ya, y las estrellas pioneras hacían su aparición. Cuando por fin los últimos rayos de sol morían en la frontera del horizonte, la blanca luz de la luna llena comenzó a derramarse sobre las gentiles coníferas y arbustos.

Römer se disponía a salir del agua, cuando escuchó que alguien lo llamaba por su nombre en repetidas ocasiones. El hombre miraba a un lado y a otro, pero no veía a nadie por los alrededores. Momentos después, sintió que algo le tocaba el hombro, pudiendo escuchar de nuevo el llamado de su nombre.

—Römer. —susurró una voz suave como la lana.

El joven se dio vuelta y vio sorprendido a una figura femenina muy hermosa que irradiaba una blanquecina aura desde su piel. Su cuerpo no se distinguía claramente,

debido a la presencia de este halo difuso.

—Te conozco, joven descendiente de la familia Herent. Sé tus júbilos y tus pesares. Sé también que amas a tu esposa Yunet y su amor es recíproco a ti.

Römer se quedó sin palabras y no sabía qué decir a aquel ser hermoso que claramente no era humano, más bien se parecía a un espíritu del lago o un hada.

—También conozco que ustedes desean con muchas ansias tener descendencia, pero las circunstancias no se lo permiten. Dado esto, les hago un ofrecimiento. Por favor escucha con atención.

El viento comenzó a soplar suavemente, haciendo que pequeñas flores celestes cayesen sobre la superficie del lago.

—Les daré la oportunidad de tener una hija. Deberán tratarla con amor y cuidado. Su piel será del color de la luna, ya que es mediante su poder que vendrá al mundo. Le pondrán de nombre Dana; pero habrá algo con lo que tendrán que tener cuidado.

—Sí, dime por favor... —susurró el joven consternado.

—Si alguna vez la niña es tocada directamente por los rayos del sol que no sean otros que los del crepúsculo, ella morirá. Esa es la condición que deben aceptar.

El joven hombre sabía que su amada deseaba tanto como él el poder tener una descendencia, por lo que aceptó sin dudar la delicada proposición de aquel ser de luz.

—¡Sí, acepto!

—Está bien... —respondió el hada, comenzándose a desvanecer lentamente mientras decía sus últimas pa-

labras— Dentro de nueve meses, tendrán a su pequeña Dana...

Römer volvió a su casa y le contó a Yunet lo sucedido aquella tarde; por lo cual la mujer se alegró mucho, confiando en el relato de su esposo.

Tal y como les había dicho el espíritu del lago, nueve meses después Yunet dio a luz a una hermosa niña a la cual llamaron Dana. Pasaron dos años y la familia fue feliz en todo este tiempo, siempre cuidando de que la niña saliera de la casa solamente por la noche; algo que a ella le encantaba, especialmente cuando había luna llena.

Un día, Römer tuvo que irse de la casa por un viaje de negocios; debía realizar un trueque en una ciudad lejana y tenía que pasar tres noches fuera, como mínimo.

Era el segundo día ya, hacía un par de horas desde que había salido el sol, y Yunet estaba recogiendo manzanas de los árboles frutales atrás del jardín. Se veían muy apetitosas, de un color atractivo a la vista. Este año la cosecha sería muy buena.

La joven cantaba mientras hacía su tarea, cuando escuchó un grito en dirección a la casa. Sintió algo fuerte en su pecho y giró la cabeza rápidamente.

Allí estaba Dana. Cubierta completamente por la luz solar y con expresión de miedo en sus ojos. Yunet contuvo la respiración por un momento y vio cómo su hija caía contra el suelo, perdiendo el conocimiento.

La joven no dudó un instante y fue corriendo hasta Dana, recogéndola en sus brazos.

—¿Dana? ¿Por qué, Dana? —decía a la vez que cristalinan gotas salían de sus ojos— ¿Por qué saliste? ¡Despierta

por favor! —pero la niña no despertó.

Esta escena se mantuvo por unos minutos, hasta que Yunet se dio cuenta de que tenía que hacer algo al respecto sin perder más tiempo. Ella sabía muy bien qué haría.

Había una leyenda en aquella región que decía que al este de aquel lugar, en el bosque viejo, había un árbol milenario que curaba cualquier enfermedad, mental o física, a aquellos de corazón puro. La joven iría allí para salvar a su hija, aun sin tener suficientes certezas de poder llegar, pero con la esperanza arraigada en ello. No podía esperar a nada.

Dos días y tres noches estuvo recorriendo los páramos desolados, cargando a su pequeña en brazos y una mochila en sus espaldas, con la fuerza que solo una madre leona puede tener por el bien de sus hijos. Solo se detenía para comer o renovar el agua que cargaba.

En un momento, el viento con polvo se hizo tan fuerte que no podía mantener abiertos los ojos para mirar por donde caminar.

—Dana, falta poco, no te rindas —le suplicaba a su niña. Esta tenía un aspecto no muy favorable, pero aún conservaba el calor en la sangre—. Ya llegaremos, no te des por vencida...

Y ciertamente así fue como aquel día llegaron hasta el árbol mencionado. Era grande, como solo un árbol muy viejo puede serlo, y sus ramas estaban encorvadas haciendo grandes espirales en el aire. Sus hojas eran enormes, y se decía que incluso hasta estas tenían ciertas propiedades curativas menores.

A Yunet no le quedaban más fuerzas en su cuerpo; haber

llegado hasta este punto había supuesto una tarea colosal. Así fue como ella se desplomó en aquel lugar, quedando así los dos cuerpos inconscientes sobre las hojas rugosas del suelo.

Römer se había enterado de la falta de sus amadas ese mismo día, al llegar a la casa y no encontrar a nadie. Había preguntado a su viejo vecino Andelio si las había visto dirigirse a algún lado. Este efectivamente le dijo que Yunet se había ido al viejo árbol del este, con Dana en brazos. Había tratado de convencer a la joven mujer para que tomara las cosas con más calma, pero no había podido hacer nada.

Fue así como el muchacho cabalgó en su montura a la velocidad del viento, horas y horas hasta por fin llegar a la destinación indicada. Cuando llegó al sitio, vio con pesar en el corazón a Yunet y Dana acostadas en el piso con un aspecto sombrío. Intentó reanimarlas, pero no tuvo efecto alguno, parecían estar sumidas en algún tipo de encantamiento o maldición.

Römer quedó paralizado desde ese entonces, y no se movió de aquel lugar por mucho tiempo. No despegaba la vista ni para ir a buscar agua o comida, su mente estaba en blanco ante tal situación. Pero su esposa e hija seguían en el mismo estado; en cambio, él empeoraba día a día, hasta que una noche, sumido por el frío nocturno, cayó rígido sobre las secas hojas frías traídas por el viento.

Allí murió. Sin lágrimas en los ojos por la completa deshidratación.

A la mañana siguiente, el cuerpo de Dana comenzó a moverse, como si una capa invisible de hielo comenzara a

resquebrajarse alrededor de su cuerpo. La niña se levantó y despertó a su madre, que también parecía despertarse de un milenarismo sueño. Ella la abrazó y derramó sus lágrimas de alegría: su hija había sobrevivido gracias al poder del árbol, y además ahora parecía completamente inmune a la luz solar.

—¡Mamá! ¡Mira! —indicó la niña señalando con el dedo al grueso tronco del árbol. Allí, en uno de los nudos más grandes, había una cara formada por la madera de la corteza. Una perfecta representación que parecía moldeada por el mejor artesano. Yunet reconoció en esta a su amado, Römer, y comprendió al instante lo que había sucedido aquella noche.

Ciertamente, el cuerpo del joven había desaparecido del lugar. Según cuenta la leyenda, fue absorbido por el viejo árbol, y su alma se encuentra dentro de este, en cada rama y lugar. Desde entonces, se conoce este ser vivo como el «Gran Árbol de la vida». Es un misterio por qué ellas pudieron sobrevivir esos días, y despertar completamente sanas después.

Pero como dicen por ahí —dijo Vesto mirando de forma inclinada—, mejor dejar los misterios adonde pertenecen.

Capítulo 5

Alteración de la raíz

—Y esa es nuestra bella historia, damas y caballeros, espero que haya sido de su agrado —exclamó el bardo con aire de satisfacción por terminar el relato.

—No sé cómo describirla, triste, feliz... —declaró Andra soltando unas lágrimas— ¡Pero te doy las gracias por contárnosla!

El artista dio una leve reverencia ante la chica y le hizo un cumplido.

—Ojalá hubiese seres tan hermosos como tú por estos lugares, realmente no hay dudas de que vienes de la tierra de los dioses. —el elogio de Vesto hizo sonrojar a Andra, quitándole el habla por unos instantes.

—¡Ejem! —Luna se aclaró fuertemente la garganta— Muy linda historia, sí. Pero creo que ya va siendo hora de empezar a comer este banquete que tenemos frente a nosotros, ¿No les parece?

Se escuchaban murmullos de la gente en toda la sala. El jefe cortó los cuchicheos afirmando su aprobación.

—¡Comencemos entonces con la cena! —vociferó Shoppen tocando una campanilla que había a su costado y empezando a deglutir todo lo que había en el radio que sus manos podían alcanzar.

La comida era especialmente deliciosa, y había algunas variedades de frutas que me eran desconocidas. Desde

hace rato había notado la ausencia de carne en la mesa.

—¿Hay algún motivo por el que no hay carne? —interrogué al jefe.

—Oh, noso pueblo no come carne... ¡No somos carroñeros, no! —se limitó a decir con gesto grave. Como vi que el tema podría ser incómodo, evité más preguntas, cambie a otra cosa y seguimos la charla, mientras comíamos los deliciosos platos Cörindianos.

Aquella noche nos acostamos algo tarde, después de estar hablando nosotros cuatro en la habitación. Todavía no éramos del todo conscientes de nuestra situación; todo nos parecía muy irreal, como si estuviésemos soñando. Por un momento me sentí paranoico y pensé en la posibilidad de que todo esto fuera una ilusión, una muy bien construida obra de ficción. Pero no es así; esta es la vida real, el mismo mundo en el que vivimos. Lucas «pinchó» mi globo de pensamientos reflexivos.

—Ada, ¿sigues despierto? —me susurró.

—Mmh sí —contesté entrecruzadamente—, ¿Necesitas algo?

—Oh, no. Solo quería decirte que creo que ya tengo una mínima idea de cómo empezar a arreglar el portad... ¿Máquina del tiempo? —pronunció estas últimas palabras de una en una, como si no comprendiese con totalidad lo que estaba saliendo de sus labios.

Sonreí afablemente y puse mis manos atrás de la cabeza, extendiendo los brazos a los costados.

—Me alegra saber eso. Como dijimos hoy, cuanto antes nos vayamos, mejor. Debemos evitar hacer cualquier cosa que pudiese cambiar el curso del futuro. Aunque me

pregunto si nuestra sola presencia no lo está afectando ya, segundo a segundo...

Lucas me miró reflexivo, y después bajó los ojos.

—En fin... Buenas noches, Luke —murmuré sonriendo. A veces lo llamaba de esa forma, de manera irónica-afectiva.

—Buenas noches —me contestó entre risas apagadas.

Me levanté de la cama —que a decir verdad sus sábanas no fueron rasposas como pensaba— y salí de la habitación. Deambulé por el pasillo, iluminado por los circulares ventanales bañados por la gélida luz nocturna.

Estuve sentado al borde de un balcón un rato, reflexionando en todo lo que había pasado hasta entonces, no sería ni siquiera digno de escribirse como una obra de ficción, si sobreviviésemos a estos acontecimientos y pudiéramos volver.

Luego de una media hora, volví al cuarto, y me recosté sobre un costado sin cerrar los ojos. Desvié la mirada hacia arriba, en dirección a una de las aberturas circulares del techo. Allí estaba el cinturón de Orión, el mismo que yo estaría viendo casi novecientos años más tarde. Me dormí de un momento a otro.

—Ádam... —dijo una voz fina y delicada.

—Ah, Andra —abrí los ojos de forma entrecerrada. La habitación estaba completamente iluminada, mostrando un mayor contraste de colores que la noche anterior. Debían ser cerca de las diez de la mañana.

—Vimos que estabas cansado, así que no quisimos

molestarte. ¿Dormiste bien? —me preguntó la chica.

—Ehh, sí. Estas almohadas hechas de... lo que sea que estén hechas, son muy cómodas. Dormí excelente.

—¡Yo también! —se apresuró a decir la muchacha.

En ese momento, un resonante sonido cubrió la sala. Era una especie de instrumento de viento o cuerno. ¿Habría pasado algo? Recordé entonces que este pueblo iba a entrar en guerra con los Umanaki. Asumí lo peor.

Me incorporé, acomodé el pantalón rápidamente, y corrí rápidamente en dirección a la puerta sin ponerme ni siquiera el calzado.

—¡Quédate aquí! —le indiqué a Andra y desaparecí tras el umbral.

Recorrí el gran pasillo y di vuelta a la esquina. El edificio era realmente grande, parecía una especie de palacio. Había dibujos en las paredes que le daban un aire oriental en cierto sentido.

Vislumbré lo que creí que era la puerta que conducía a la salida y me metí por ella. Al instante supe que había cometido un error. Aquella era una habitación perteneciente a uno de los miembros «reales» (si bien no había reyes, me refiero a uno de los miembros de la familia de Shoppen.) Específicamente, una de las hijas del jefe, la de mayor edad. Ella estaba de pie frente a mí, al parecer vistiéndose aún, y la parte superior de su cuerpo estaba completamente desnuda. Pude notar como la sangre se reunía rápidamente alrededor de sus pómulos, haciéndola ruborizar, aunque me miró con una sonrisa.

—Esto... ¡Lo siento! —exclamé y me volví apresuradamente por donde había venido. Escuché que la chica me

decía algo, dándose vuelta, pero no alcancé a escuchar sus palabras. Me movía como el viento, todavía alcanzaba a oír el sonido del cuerno o lo que fuese. La puerta de salida estaba en la siguiente vuelta de esquina, hace unos instantes me había confundido, seguramente por mi aún adormecida mente.

Giré en noventa grados por aquel corredor y choqué contra algo duro, sintiendo el golpe en mi frente.

En ese momento sentí algo en mi mente.

* * *

No era el golpe, era algo más; es como si hubiese cambiado algo por completo. Me daba mala espina.

—¿Otra vez tú?! ¡Tienes una manía con chocar a la gente! —gruñó Luna alterada (y *descarrilada*.)

—¿No escuchas el sonido? ¡El pueblo vecino ha empezado el ataque! —sostuve moviendo los brazos energicamente.

—No, claro que no... —dijo con una expresión en la cara de «no puedo creer que seas tan idiota»— Están haciendo un llamamiento a las armas. Un mensajero de los Umanaki llegó esta mañana diciendo que atacarían al pueblo esta noche, a menos que se rindieran antes.

—¿Y qué le respondió Shoppen? —interrogué.

—Aún está pendiente de darle una respuesta. El mensajero sigue aquí, junto con los diplomáticos locales. Me llamaron a buscarte, necesitan a todos los «mensajeros divinos». No sé qué vamos a decir...

—¡De ninguna manera debemos interferir en esto! La historia debe transcurrir tal cual sucedió —afirmé de una forma muy segura—. Si evitamos o cambiamos los acontecimientos actuales, eso seguramente afecte a nuestro futuro... ¿Dónde está Lucas, por cierto?

—Se fue temprano a reparar la máquina del tiempo, guiado por un par de jóvenes que recuerdan la ubicación en el bosque. Salió hace alrededor de cuatro horas...

—Tenemos que buscar a Andra y volver a la máquina. Nos quedaremos allí hasta que esté reparada. Creo que ya hemos interferido demasiado con este tiempo y lugar.

—Pero ni siquiera sabemos si Lucas podrá... —comenzó a decir Luna, pero fue interrumpida por una resonante voz que cubrió el pasillo.

—¡Oh, los estábamos buscando! ¡Les queremos dare las gracias por suya presencia! Su querida compañera ha evitado el conflicto, ¡sellando la paz entre los dos poblados! —vociferó la reconocible y gruesa voz de Shoppen.

—¿Eh? —exclamé abriendo los ojos y apretando el entrecejo— ¿Qué quiere decir? Ella estaba conmigo hace menos de...

—Ella apareció hace poco en medio del noso debate que estábamos teniendo con el mensajero. Haciendo muestra de sus poderes divinos nos mostró que la voluntare de los dioses es la paz entre nosotros. No somos muy distintos de los Umanaki, tenemos los mismos dioses; noso conflicto es más territorial y de comida.

En eso Lucas y Andra entraron por un costado a aquel lugar, se los veía bastante animados y eufóricos.

—¡Chicos, al fin los encontramos! —declaró la joven—

Lucas pudo arreglar la máq... ¡Nuestro transporte!

—Me llevó un tiempo comprender el complejo mecanismo, pero después pude entender su funcionamiento y conseguí reanudar el ciclo de reabsorción de energía. Incluso le hice una modificación para que podamos viajar al año que se nos plazca... A la caja de herramientas de respaldo le faltaban algunas herramientas que me hubieran hecho el trabajo más sencillo, pero se pudo.

—Excelente, pero debemos volver exactamente desde donde partimos... —comenté rápidamente—. No podemos permitirnos cambiar aún más las líneas del tiempo...

—Yo no entiendo nada de exorcismos, no sé de lo que están hablando —mencionó algo confundido Shoppen—. Así que los dejaré solos por un momento, hablaremos más tarde. —dijo el jefe y se fue por el pasillo lentamente, haciendo un gran ruido en la madera al pisar. Cuando me aseguré de que se había alejado lo suficiente, inicié el diálogo.

—Andra —me apresuré a decir a tiempo que tomaba a la joven de los hombros—. Dime que pasó recién. ¿Cómo conseguiste que firmaran la paz?

—Oh, yo solamente me dije a mí misma «No es bueno que haya una guerra, tengo que hacer algo», así que se me ocurrió una sencilla forma de evitar la pelea... ¡Usando mi teléfono celular!

—¿Eh? —exclamamos los tres a la vez.

—Sí —afirmó Andra—, todavía me quedaba batería, así que puse a reproducir una grabación que tenía guardada. Un archivo de sonido con el canto de aves en él; lo tengo para relajarme cuando no puedo dormir por la noche.

De esta forma les mostré que tengo «poderes divinos», convocando el sonido de los pájaros, como una manera de decir que los «dioses» desean la paz... Simple, pero ingenioso, ¿No? Cuando se desconoce algo, el ser humano le atribuye un origen sobrenatural o divino, aunque la realidad no podría estar más alejada de eso...

Miramos boquiabiertos ante aquella inusual solución y la desenvoltura de los acontecimientos. Aquello que ella acababa de hacer, si bien con todas las buenas intenciones, iba a cambiar el curso de la historia, dando lugar a una reescritura completa de los hechos...

—Ada, creo que me siento mal... —sostuvo Andra mirándose las manos— ¡Me salen chispas de los dedos!

Efectivamente, una especie de electricidad de un color blanco puro comenzaron a salir de sus manos, extendiéndose después por todo el cuerpo.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó Lucas agarrándose la cabeza.

Los rayos aumentaron la intensidad y el ruido era ensordecedor. Andra brillaba tanto que ya no se podían distinguir sus facciones o la ropa que llevaba.

Finalmente, tras unos segundos que parecieron minutos, la chica desapareció de golpe, con un último destello fugaz.

Capítulo 6

Energía del punto cero

Nos miramos perplejos entre la luz de las velas colgadas en las paredes. Reinaba un silencio total, el que solo fue interrumpido por la voz de Luna.

—Andra... ¿Qué ha sido eso? —preguntó sin dejar de mirar el sitio donde hasta hace unos instantes había estado la chica.

Pensamientos de todo tipo venían a mí, de los eventos que habían pasado; y mi memoria sobre los últimos días. Comprendí entonces la gravedad de la situación.

—Andra ha... —me detuve por un momento pensando en las palabras exactas— Dejado de existir.

Silencio. Intercambio de miradas.

—Explícate. —inquirió Lucas.

Puse una mano en mi frente y miré consternado.

—Ella misma ha dictado su sentencia de... inexistencia. Cambió el transcurso normal de los acontecimientos al evitar la guerra entre los poblados —declaré sin dejar de tener una expresión pálida en el rostro— De alguna forma, Andra ha hecho que su árbol genealógico no exista, o sea distinto, causando que ella misma no nazca en el «futuro». O al menos, eso es lo más acertado que se me ocurre.

—Eso es malo... —repuso mi compañero— Significa que si ahora intentamos volver a 2024...

—Andra no estará allí —continué—. Si vamos al futuro

ahora mismo, nos encontraremos con un mundo distinto al nuestro del que venimos. Todo esto se explica gracias a...

—El efecto mariposa. —sostuvo Luna mirándome seriamente.

Asentí.

—¿Dijiste que habías modificado la máquina para viajar a cualquier «tiempo»? —pregunté a Lucas mordiéndome el labio.

—Exactamente. No está probado, pero creo que lo he conseguido.

—Entonces nos queda una sola cosa por hacer —afirmé— Tenemos que viajar al día de ayer, cuando recién llegamos a este lugar y...

—Impedir que cambiemos el pasado. —dijo Luna al mismo tiempo que yo, haciendo un perfecto unísono.

—Debemos hacer el salto temporal cuanto antes —expresé seriamente.

Una vela ubicada a pocos metros de nosotros se apagó, producto seguramente de una brisa pasajera.

—¿Por qué? —sostuvo Lu—. Si tenemos que viajar al pasado, da igual que sea hoy o mañana. ¿No sería conveniente trazar un plan o al menos prepararnos para lo que vamos a hacer?

—Lo sé, pero... —me quedé reflexionando unos instantes— Quería arreglar todo esto lo antes posible...

—Si queremos que todo salga bien, tenemos que estar preparados hasta para el último detalle. Pensar sobre nuestro accionar creo que es primordial en este caso. —

expresó la chica.

Supe que Luna tenía razón. No podíamos lanzarnos de cabeza sin siquiera detenernos a analizar bien la situación. Después de todo, teníamos todo el tiempo que quisiéramos, ¿no?

Aquella tarde organizamos la charla-debate para «planear» lo que íbamos a hacer al otro día. La conversación abarcó primero los temas pertenecientes al funcionamiento teórico de la máquina del tiempo, y nuestras posibilidades con ello.

Seguidamente, hice una breve explicación de lo que yo suponía que había sucedido a nivel «físico», por llamarlo de alguna manera. Comencé detallando los sucesos ocurridos esa mañana, y su relación con nuestro viaje de 2024 a 1127.

—Imaginemos que en nuestro punto de partida, la ciudad de Mércorin en 2024, estábamos en una hipotética «Línea Temporal Alfa». Con esto quiero decir que esa era nuestra realidad para nosotros.

—¿Nuestra dimensión? —preguntó Lucas sin pestañear.

—No exactamente —contesté—, las dimensiones son otra cosa... Imagina la línea temporal como un río. Nosotros seguíamos el curso de sus aguas. Cuando hicimos el salto a 1127, es como si hubiésemos retrocedido en contra de la dirección de la corriente. Aún allí, seguíamos en el mismo caudal. Pero cuando Andra evitó la pelea local, eso no se suponía que tenía que pasar en ese «Río Alfa». Por lo que nos «movimos» a otro caudal paralelo, una segunda línea temporal; llamémosla «Beta» por ejemplo. En esta

corriente al parecer los antepasados de nuestra amiga no se conocieron, por lo que ella no existirá en el futuro. Las cosas aquí han sucedido de forma diferente; ese es el motivo por el cual si regresamos a 2024 ahora, llegaremos a un mundo que no es el «nuestro». ¿Me explico?

—Ahora lo comprendo —afirmó mi compañero—. Entonces, ¿Cuál sería nuestra operatoria?

Reflexioné un momento acerca de lo que iba a decir, pero Luna habló primero.

—Lo que tenemos que hacer, pienso yo, es regresar al día de ayer, es decir... —la chica recordó la fecha— 20 de marzo de 1127. ¿La máquina tiene la opción de elegir la hora también? —interrogó a Lucas.

—Sí, esa fue una de las modificaciones que le hice. Si bien no va a aparecer en la pantalla de usuario, se pueden elegir incluso hasta los segundos.

—Sigo maravillado por tu rápido entendimiento del sistema —elogié a mi amigo— ¿Cómo pudiste reparar el compensador de fase tan rápido?

—¿Compensador de fase? ¿Te refieres a esa especie de capacitor en el núcleo? ¿Cómo sabes de su existencia?

—Esto... —tardé en darme cuenta de que había soltado demasiado la lengua. Pero si íbamos a formar parte de un grupo unido, no debería haber secretos entre nosotros. Decidí contarles sobre mi trabajo hace dos años.

—Verán... Hay algo que no les he dicho. Ni a ustedes, ni a nadie... Cuando en 2021 se reportó que un grupo de estudiantes de la UNM había conseguido «mover» instantáneamente una moneda a un par de metros... En realidad ese grupo lo conformábamos un colega y yo. Éramos los

únicos en aquel momento; la universidad tomó nuestro proyecto y utilizó a los mejores de la región para seguir las investigaciones. A partir de ahí, nosotros no tuvimos ninguna relación con el proyecto. Recibimos una especie de compensación económica por los derechos, aunque no era la gran cosa; en ese momento nunca pensamos que se iba a convertir en algo tan grande.

Mis compañeros me miraban tratando de comprender el flujo de datos de información que les estaba dando. Parecían algo incrédulos al principio, pero luego creo que pudieron ver la verdad en mis ojos.

—Así que en cierta forma indirecta, gracias a la caída accidental del bolígrafo de Luna, se podría decir que... somos los padres *involuntarios* de la primera máquina del tiempo... Que yo conozca.

Aquella escena fue muy solemne, y en cierto sentido nos puso los pies en la tierra. En aquel momento sentía la seguridad en mi interior de poder regresar a la existencia a nuestra compañera.

Después de hablar por un rato más, y ultimar todos los detalles, decidimos partir al otro día bien temprano.

Esta noche no dormí ni la mitad de bien como la primera. Era evidente que la desaparición de Andra nos había afectado. En cierta forma, es como si ella se hubiera muerto ante nuestros ojos, con la diferencia de que había una posibilidad *teórica* de traerla de regreso.

Al otro día, nos levantamos junto con el sol. Le habíamos informado a Shoppen que teníamos una misión urgente que cumplir, por lo que nos dio las gracias nuevamente

por traer la paz a aquellos lugares, diciendo que estaría en deuda para siempre con nosotros. Nos brindó salvoconducto a través del bosque, hasta la máquina, y allí nos despidieron emotivamente. Cuando por fin toda la prole se retiró del lugar, procedimos a entrar al MR-07, e iniciamos la preparación para el viaje.

—Entonces... —murmuró Lucas— Ajustaré la fecha a 11:27:03:20:07:30, lo que nos llevará a anteayer a las siete y media de la mañana, ¿Correcto?

—Exacto. Al momento de salir de Mércorin eran cerca de las ocho. Llegamos a este año a la misma hora, así que media hora nos dará tiempo suficiente para prepararnos a esperar a nuestros «otros yo» —declaré mirando cómo las puertas se cerraban lenta y silenciosamente.

—¿No... provocará algún tipo de paradoja encontrarse con uno mismo? —inquirió Luna, pensando en las posibilidades.

—No, más allá de la sorpresa o susto del hecho. Es perfectamente posible físicamente. Aunque cuando viajemos hacia atrás, no vamos a seguir estando en esta línea temporal Beta. Ni en la Alfa —dije estas palabras con seguridad, aunque dentro mío existían ciertas dudas.

—¿Entonces qué? —exclamó mi compañero— Se me está haciendo un lío esto de las líneas, ríos y quién sabe qué.

—Hipotéticamente, estaríamos entrando en una especie de Alfa 2 o Alfa Prima. Ya que para nuestros «otros yo» esa va a ser su línea Alfa; pero desde nuestro punto de vista, es como si fuera una segunda línea.

—O sea que, en cierta forma, ellos serían nuestros «pri-

mos» —repuso Luna.

—Claro. —afirmé mirándola a los ojos.

Lucas todavía estaba boquiabierto procesando cada palabra.

En ese instante, todos sabíamos que era el momento. Nos pusimos los seguros y nos miramos irónicamente con cierta inseguridad. Di un vistazo al asiento vacío de Andra; no pude evitar que se me humedecieran ligeramente los ojos. Inicié el sistema de viaje. El zumbido comenzó a llenar el interior de la máquina. Luna hizo una observación.

—Ada... Sabes... llevas los pantalones al revés.

Eso me hizo sonreír, pero no dije nada. El lugar comenzó a vibrar de forma progresiva.

—¡Nos acercamos al punto de salto! —exclamó Lucas.

Chispas comenzaron a saltar de los componentes y cables. La vibración y el sonido iban en aumento. Tras unos instantes de movimiento perpetuo, dimos el salto.

Silencio.

...

..

.

—Algo salió mal. —afirmé mirando al tablero. Allí, escrito en dígitos blancos, estaba marcado en las primeras cifras 20:24... pero se mostraban intermitentes símbolos con signos de interrogación, mostrando una especie de error. ¿Qué podría haber cambiado?

Afuera, en la distancia, se escuchó una fuerte explosión que hizo vibrar toda la estructura del portador.

Capítulo 7

Distopía

Los momentos que sucedieron a continuación parecieron pasar demasiado rápido; en mi memoria solo quedan vagos recuerdos, como si lagunas mentales hubiesen invadido mi mente, permitiéndome acordarme de solo fragmentos parciales.

Recuerdo que las puertas se abrieron y una gran humareda llenó todo el interior de forma casi instantánea. Lo siguiente que se me viene a la memoria es el hecho de estar corriendo junto a mis compañeros. Estábamos en un lugar desolado; el calor en aquel lugar era insoportable, y la atmósfera estaba cubierta de una extraña capa gris. Se escuchaban explosiones y disparos en todas direcciones. Tengo la impresión de haber visto un grupo de soldados detrás de una barricada semidestruida.

Después de otros confusos sucesos, escuché la voz de Lucas gritándome.

—¡Cuidado, Ada...!

Una fuerte punzada se extendió hacia un costado de mi cabeza. Alcancé a ver un hilo de sangre que comenzó a manchar el árido suelo.

Oscuridad súbita.

* * *

Escuché voces en mi cabeza, aunque eran confusas y lejanas. Durante aquel lapsus perdí la noción del tiempo y la capacidad de pensar claramente. Hasta que desperté.

Abrí los ojos y giré la cabeza a un costado. Pude ver un rostro, aunque mi visión era borrosa. Gesticulé una palabra con dificultad.

—¿Andra?

Supuse que aquella persona se sorprendió, por el repentino movimiento que hizo.

—No, Andra no... está en este momento. ¿Cómo te sientes? —dijo una familiar voz femenina. Me costó un momento recordar quién era; explorar mis recuerdos era como intentar ver la imagen completa de un rompecabezas parcialmente desarmado.

Me encontraba en una pequeña habitación con paredes verdosas y gastadas, había un pequeño ventanal sucio a mi izquierda, y adelante mío se hallaba una puerta blanquecina entrecerrada. Enfrente se hallaba una chica de cabello chocolate.

—¿Luna? —tragué con aspereza— ¿Qué pasó? —le pregunté y seguidamente quise inclinarme hacia adelante, pero sentí inmediatamente una especie de mareo y dolor atrás de mis ojos.

—¡No te muevas! Necesitas descansar Ada... —indicó la chica poniendo su mano sobre mi hombro— Te contaré lo que pasó.

—Está bien —sostuve—, pero antes dime cuanto tiempo he estado en cama.

—Un día y medio... Oh, un momento; encenderé las luces ahora que estás despierto.

Luna se levantó y accionó un interruptor cercano. Una blanca y radiante luz inundó el lugar. Al principio había pensado que me encontraba en un hospital; pero después de que el sitio se iluminó, era claro de que no era así. Parecía más bien una vieja habitación un poco descuidada. Había un ventanal al frente, aunque era de noche al parecer, y estaba oscuro.

—Lo voy a hacer lo más corto y conciso posible —declaró mi compañera—. Ayer, cuando llegamos a este «tiempo», sobre el lugar en donde aparecimos se estaba librando una batalla. Un duro y reñido enfrentamiento armado.

—¿Una batalla? —dije asombrado.

—Sí. Hay una guerra entre este país y la... República Unida, o eso me dijeron. Las explosiones que escuchábamos eran disparos de cañón.

— ¿Tanques? De modo que los soldados no eran imaginaciones mías... —se me vino un pensamiento fugaz, como una flecha que atraviesa el viento— ¡¿Qué pasó con la máquina del tiempo?! Debemos volver a 1127 para llevar nuestro plan a cabo.

Escuché un agudo sonido que resquebrajó el aire, en el ventanal del costado pude ver una especie de helicóptero sin hélices, o avión muy extraño, surcando el cielo lentamente.

Luna miró a un costado y dio un leve suspiro.

—Me temo que eso no será posible... El MR-07 está... *destruido*.

— ¿Qué? ¿No me digas que...?

—Sí, fue destruido por una explosión, dejándolo hecho trizas. Es irreparable en su estado actual —la chica

se acomodó el pelo—. Por cierto, fuiste alcanzado por algún escombros volador de una granada; que golpeó en tu cabeza dejándote una herida leve. Tienes suerte de que sea así.

Me toqué las vendas, pero no sentí dolor.

—Ya está mejor, te recuperarás muy pronto del todo —sostuvo Luna mirándome directamente. En aquel momento sentí algo inexplicable. Fue como si mi mente se hubiese zambullido en el café color de sus ojos. Me perdí en el tiempo y tuve el deseo de acercarme a la joven que tenía en frente. Quería tomarla de las manos, sentir su respiración y permanecer callados mirándonos infinitamente; puesto que hay un lenguaje que va más allá de las palabras o acciones. Si hubiera pensado eso antes, seguramente pensaría que eran puras sandeces, pero en ese instante no podría explicarlo, quizá mi lesión craneal me afectó de alguna forma.

—Por cierto —mencioné—, ¿Estamos en Mércorin? ¿Qué es este lugar? —pregunté moviendo las manos dando a entender que me refería a la habitación en donde nos encontrábamos.

—Sí, técnicamente es nuestra ciudad... Aunque ahora se llama Corintia. Al parecer, el cambio de línea temporal afectó a la llegada de la familia Mer (o nunca existieron); por lo que solo quedaron los Corin. ¿Conoces la historia de nuestros fundadores, cierto?

—Sí, algo sé... —comenté rascándome una oreja.

—Y este edificio es de un amigo de Lucas. Algunas cosas... siguen existiendo en este mundo, es todo muy raro.

—Entiendo... ¿Así que has estado cuidando de mí todo

este tiempo? —pregunté sin pestañear y con una sonrisa burlona.

Luna se sonrojó rápidamente haciendo una protesta.

— ¡¿Eh?! ¿Qué insinúas? ¡Claro que no!

— ¡No tienes que ponerte así! Solo preguntaba —espeté.

—De hecho... —empezó Luna— Hacemos turnos con Lucas...

—Oh, ¿y adónde está él? O mejor aún, ¿adónde estamos?

El cielo en el exterior se había esclarecido un poco; lo que quería decir que no faltaba mucho para que amaneciera. Sentí un ligero cosquilleo en la muñeca, y luego escuché pasos acercándose lentamente. Por el umbral apareció una oscura figura recortada por la oscuridad. Dio unos pasos y la luz impactó sobre su rostro. Era mi compañero. Iba descalzo y se lo veía bastante despreocupado.

— ¡Grandísimo Lucas! —proferí— ¿Vienes a cambiar de turno? No será necesario, ¡ya estoy bien!

— ¿Cambiar de turno? —exclamó el joven— ¿A qué te refieres?

La chica tosió deliberadamente.

— ¿No haces turnos con Luna? —interrogué levantando las cejas.

—No... En realidad ella te estuvo cuidando desde el otro día. Creo que no ha dormido desde entonces.

Giré mi cabeza hacia la chica, pero ella desvió la mirada, empezando a buscar algo en un bolso. No dije ni pregunté más al respecto.

Me incorporé y caminé hacia el pasillo. Me sentía estu-
pendo, si no contamos las suaves punzadas ocasionales

en el costado.

—Ada, no deberías... —murmuró Lucas.

Antes de que pudiera decir nada más, levanté una mano en alto y seguí mi camino por aquel corredor. Miré por una de las ventanas a mi derecha, acercándome al vidrio. Aquello me dejó sin aliento y con los ojos desorbitados. Reí.

—No debería de sorprenderme, después de todo —dije para mí mismo—, aunque nunca imaginé que el cambio sería tan grande.

Seguí observando a través del ventanal. Otro de esos vehículos de antes pasaron volando cerca del edificio. La ciudad estaba cubierta de ellos. Había altas torres cruzando a través del cielo, y luces fluorescentes por doquier. Al parecer, habíamos «vuelto» a un 2024 futurista... y distópico. No pude entender en qué grado habíamos afectado la historia como para que la tecnología se desarrollara en forma diferente, o de manera más rápida.

Me di la vuelta y seguí caminando hasta llegar a una especie de salón-comedor. Había algunos artilugios raros colgados del techo. Pero eso no era lo más intrigante. En una de las sillas estaba sentado un delgado joven. Noté algo extraño en su contextura y forma de mirarme, pero cuando habló su expresión cambió.

—Ah, ya estás bien —comentó desinteresadamente este extravagante personaje. Se le notaban marcadas ojeras debajo de sus oscuros ojos. Se me quedó mirando como quien observa un pájaro por la ventana.

—Amm... Hola. Me llamo Ada —dije con la voz un poco quebrada.

El tipo giró la cabeza. Tenía una vasta cabellera negra con extremos puntiagudos. A decir verdad, me incomodaba un poco estar en su presencia.

—Lo sé —se limitó a decir.

Di unos pasos hacia él y le tendí la mano para saludarle. Su cabello era grisáceo, casi plateado. Miró mi mano y después a mí. Se acercó unos centímetros lentamente, y antes de que pudiera hacer nada, comenzó a lamerme la palma. En ese momento Lucas y Luna entraron a través del pasillo.

— ¡Este sujeto es muy raro! —vociferé a la vez que sacaba mi mano de un tirón y me la secaba en mi ropa.

—Me olvidé de mencionarte a Johan. Es algo... peculiar, pero es buena gente —sostuvo Lucas.

Luna se fue a sentar en un largo sofá verde colocado en contra de una de las paredes. Estaba algo descuidado en cuestiones de limpieza, y se podía ver una especie de resorte saliendo de uno de los costados.

— ¿Se conocían ya en la otra línea...? —interrogué.

—Sí, fue mi compañero en el colegio. Siempre te lo quise presentar, pero él se había mudado a Laos. Al parecer en esta línea temporal se quedó aquí —afirmó mi compañero.

—Interesante... Hablando de eso, vamos a tener que construir una nueva máquina del tiempo —dije seriamente—. No olvidemos por qué estamos aquí, y qué debemos hacer para que todo vuelva a la normalidad.

Johan chasqueó sus nudillos y se sumió en una postura pensativa. No dijimos nada, puesto que parecía que el joven estaba por decir algo.

—Vamos a ser realistas —sugirió a la vez que tomaba una galleta que había en la mesa, la sumergía en un tazón de leche caliente y se la comía—. Van a tener que vivir en esta línea temporaria...

—Temporal —corregí.

—Como sea. Van a tener que vivir aquí durante años, *meses con suerte*. Las partes que necesitan no son fáciles de conseguir, menos aún en una ciudad como esta —el joven se interrumpió levantando una ceja—. Chicos, ¿por qué no se sientan? Me incomoda verlos parados.

Miré el viejo sofá donde estaba Luna, y luego me senté en la silla al frente de Johan. El chico me seguía mirando raro, aunque despreocupado; de hecho nunca vi a alguien con una expresión tan despreocupada en mi vida.

— ¿Le contaste todo? —dije mirando a Lucas.

—Sí, desde el principio.

Yo no sabía si estaba del todo cómodo con que alguien más supiera de nuestra desventura.

Escuché un ruido fuerte viniendo de otra sala, como si una madera se hubiese partido en dos. Mis compañeros giraron la cabeza y escucharon expectantes. Johan remojó otra galleta y la empezó a masticar.

De improviso, una de las puertas laterales se abrió de un golpe, y por el umbral entró un desconocido con una oscura tela cubriéndole la parte inferior del rostro. No tenía mucha «pinta» de ser un vecino viniendo a pedir azúcar. El forastero gritó en modo imperativo.

—¡¡¡Rápido, denme todo su dinero y objetos de valor!!!
—profirió. Vi que en la mano tenía una cosa que parecía un cuchillo.

Me quedé completamente atónito, preguntándome en qué momento iban a acabar nuestros problemas.

En medio segundo, Johan sacó algo de abajo de la mesa y seguidamente se escuchó una explosión. Era un arma y le había disparado en la frente al poco agraciado ladrón. El joven de pelo grisáceo siguió masticando su galleta, produciendo un sonido que se escuchaba con claridad, después de que todos nos quedáramos en silencio.

La sangre del desafortunado intruso se desparramaba por el claro suelo del comedor, y había algunas manchas sueltas en la pared de detrás.

— ¿Qué... rayos? —exclamó Lucas.

—Bienvenidos a Corintia —dijo Johan con una sonrisa, sin haber terminado de tragar.

La vida de este joven sí era *completamente descarrilada*.

Capítulo 8

En boca de lobo

Hacía no más de dos horas desde que había amanecido, y me encontraba con mi compañero buscando por internet lugares en donde comprar herramientas, materiales y partes específicas para construir la nueva máquina. Ya había pasado una semana desde nuestra existencia en Corintia.

Encontramos con Lucas un par de sitios que vendían en la ciudad, pero tenían poca disponibilidad, y además el precio era muy elevado. Aún conservábamos el dinero que habíamos traído de Mércorin; pero este no era más que papel ilustrado sin valor alguno en este mundo. En ese momento, la única diferencia entre un billete de diez y uno de cien, era que había un cero más impreso; pero al fin y al cabo, eran solo trozos de papel de colores.

Johan nos había demostrado su completo y desinteresado apoyo en ese sentido; al parecer tenía mucho dinero. Y cuando digo mucho, es MUCHO dinero. No sabíamos en qué trabajaba, aunque nos dijo que era un trabajo sobre todo intelectual, y lo hacía desde su casa, remotamente. Durante la noche se encerraba bajo llave largas horas en su cuarto, pidiéndonos explícitamente que no lo molestáramos.

—Ey Lucas... ¿De verdad no sabes qué hace nuestro huésped? —pregunté.

—De hecho no... En Mércorin trabajaba en una fábrica de chocolate —dijo riendo—. Pero no sé qué es lo que hace aquí...

—Sospecho que está realizando investigaciones de algún tipo.

— ¿Inv-vestigaciones?

—Sí —afirmé—. Sé que no lo parece, pero sospecho que trabaja como investigador privado, siendo uno muy bueno además.

—No entiendo qué conclusiones sacas para decir eso —declaró mi amigo—. Por cierto, ¿dónde está Luna?

—Se fue con Johan hace una hora —gruñí entre dientes—. Sin precisar su destino.

Afuera solo se escuchaba el sonido de los vigilantes vehículos aéreos. Pude sentir cómo mi puño se cerraba.

— ¿Qué te pasa? Pareces algo alterado.

—Oh, no —dije a la vez que me acomodaba mi camisa con ambas manos—, solo que me preocupa su seguridad en este mundo hostil.

— ¿Te preocupa? —inquirió Lucas.

— ¡Pues claro, es nuestra compañera! Este lugar parece tener una atmósfera más peligrosa a lo que cualquiera de nosotros está acostumbrado —declaré y luego tosí un par de veces.

—Johan sabe lidiar con este lugar, todo estará bien —sostuvo el chico.

A lo lejos se oyó una sirena por unos segundos, apagándose progresivamente hasta desaparecer.

—A propósito... —dije—, deberíamos buscar otro

método para conseguir los componentes. A este paso no lograremos ningún avance, ¡Y ya ha pasado una semana!

Mi compañero bajó la mirada. Pude ver en su rostro cierto grado de aflicción. Parecía querer soltar algo desde su interior.

—Lucas...

El chico no se movió ni dijo nada. El ruido del exterior pareció cesar por un momento.

— ¿... Pasa algo? Te ves preocupado.

—Sabes... Empiezo a creer que tal vez no lo logremos —mencionó consternado mi amigo.

— ¿Pero cómo puedes decir eso? —sostuve—, ¡Claro que traeremos a Andra de regreso!

—No lo entiendes... Ahora hay una gran presión sobre mí. Si no consigo construir la máquina correctamente, deberemos quedarnos aquí por siempre; todo habrá sido en vano. Todo depende de mi habilidad, de mis conocimientos... Y de lo que recuerdo sobre cómo estaba construido el portador.

Un pequeño pájaro rojizo se colocó en la parte exterior de una de las ventanas y comenzó a cantar. Noté un leve temblor en las manos de Lucas.

—Además —continuó—, ¿Qué tal si no es posible volver a cambiar de línea temporal? ¿O si no podemos evitar que su desaparición suceda? Andra... Andra era como una hermana para mí —sus ojos comenzaron a humedecerse—. Durante estos años ella me significó mucho. Demasiado. Ayudó a llenar un vacío que cargo desde hace mucho tiempo.

—Lucas...

—¿Nunca te conté acerca de Lucy, cierto? Cuando yo tenía siete años, mi pequeña hermana nació. Estaba muy contento, al fin tendría a alguien con quien compartir y estar. La pasé muy bien durante casi dos años...

Nunca había visto a mi amigo en ese estado; si bien las lágrimas caían por sus mejillas, parecía estar soltando una gran carga. No dije nada y lo seguí escuchando atentamente.

—Hasta que un fatídico día, la bella Lucy de alguna forma pudo abrir la puerta de la casa. Ella salió afuera y empezó a cruzar la calle. Yo la vi desde la ventana de mi habitación. Le grité que saliera de ahí. Le grité mil veces su nombre mientras corría a buscarla. Pero todo sucedió muy rápido. Ella se dio vuelta y me sonrió con esa mirada angelical femenina que solo una niña te puede dar. Y entonces... un hombre ebrio cruzó la calle en su camioneta a alta velocidad y...

Lucas empezó a sollozar.

—¡Era solo una niña! ¿Qué clase de justicia divina es esta? Desde hace tiempo dejé de creer en eso... Desde hace tiempo detesto cuando las personas se embriagan, ¿Qué necesidad tienen de hacer eso? ¡Dime Ada, dime!

Un silencio cortante llenó la sala. No tuve más remedio que decir lo primero que se me vino a la cabeza.

—Sus vidas son miserables. El camino fácil es usar una vía de escape de la realidad. Son... cobardes —declaré sin dar mucho valor a lo que decía. Mis palabras no tenían el efecto que yo quería—. Amigo, no debemos aferrarnos a hechos del pasado que no podemos cambiar... Sabes que

cuentas con mi apoyo —tomé una de las manos de mi compañero—. Me tendrás a tu lado y lo sabes. En serio.

—Gracias Ada...

—Ánimo. ¡Rescataremos a Andra bajo cualquier costo! —me levanté y extendí sonriente una mano hacia Lucas—. Además de que pudimos recuperar partes del viejo portador, y puedo sumar mis conocimientos. Entonces... ¿Estás conmigo?

Mi amigo me miró, se limpió el rostro con el brazo, y declaró muy seguro dándome la mano.

—¡Hoy y siempre!

Unas horas después, luego de infructuosos intentos en llamados telefónicos (nunca contestaron los mensajes), concluimos en que esto sería más difícil de lo que pensábamos. Habíamos encontrado algunos lugares donde vendían algunos de los componentes que buscábamos, pero en sí, la mayoría no se encontraba disponible. No sabíamos muy bien cómo proceder. Evaluábamos la posibilidad de ir a otro lugar, cuando escuchamos la puerta abrirse.

Eran Luna y Johan, de regreso. Noté inmediatamente un cambio en la apariencia de la chica; al parecer se había coloreado el cabello. Antes tenía mechones claros a los costados de su cabeza, ahora se había teñido con un color violeta las puntas de adelante.

—¡Conseguimos todo! —exclamó Luna adelantándose unos pasos con su característico andar.

La miré sorprendido, un poco incrédulo; prestando más atención a algo secundario a lo que había anunciado. Johan sacó de su pantalón un paquete con algún tipo de

turrón blanco.

—No sabía que tenían tiempo para retocarse el cabello también —dije por lo bajo.

Lucas hizo un comentario apresuradamente.

—¿Cómo que... todo? Estuvimos la entera mañana buscando y no encontramos nada.

Johan se fue a sentar cerca de la mesa, mientras se deleitaba el mismo con una sonrisa.

—Ah, pero no me tenían a mí —dijo el chico a la vez que abría con fuerza un paquete de turrónes—. Tengo contactos por toda la ciudad... —mordió un pedazo— Aunque la frase exacta sería: «conseguimos *casi todo*»; aún faltan un par de piezas... Por cierto, hace un rato tomé prestada su lista de componentes necesarios para hacerle una copia, espero que no les haya sido un problema.

—¡Lo cual va a agilizar mucho las cosas! —comentó Luna enfáticamente.

—Me alegro de que así lo percibas, Lu —el chico comía silenciosamente—. El único punto negativo es que tal vez tengan que poner en riesgo sus vidas.

— ¡¿Eh?! —dijimos a coro.

— ¿Cómo que poner en riesgo nuestras vidas? —interrogó Luna—, dijiste que era seguro, exclamó protestando la chica agitando ambos brazos en el aire.

—Seguro de que íbamos a conseguir lo que necesitaban. Nunca negué que no tengan que recibir *un par de disparos en el pecho*, posiblemente —el semblante del chico no expresaba ninguna muestra de que estuviera bromeando, solo parecía feliz por estar comiendo su enorme turrón.

Se produjo un silencio relativamente corto.

—Está bien, supongo que no tenemos alternativa... Además, puedo asegurar que estás exagerando *bastante* —declaré a la vez que agarraba un turrón intentando abrir su envoltorio, sin conseguirlo.

—Tienes que presionar el círculo blanco y luego tirar — sugirió Johan con una sonrisa de media cara. Hice tal cual y se abrió casi mágicamente. Me pareció algo totalmente innecesario algo así.

— ¿Qué necesidad de complicar las cosas? —pregunté retóricamente.

—Están de moda estos envoltorios termosensibles — comentó el chico mientras dispersaba incontables migas sobre la mesa—. ¡Ah! Van a necesitar algunas de estas —arrojó un par de pistolas sobre la mesa—. Lo de disparos iba en serio.

Capítulo 9

Jugando con fuego

Corrí con todas mis fuerzas. Atrás mío se escuchaban los jadeos de Luna tratando de seguirme el ritmo. El oscuro cielo mostraba algunas estrellas tenues cubiertas por la oscura nubosidad.

Di un vistazo a la pistola; todavía echaba un oscuro vapor por la parte delantera. Era la primera vez que le disparaba a alguien, y no estaba precisamente orgulloso de ello, pero lo hice para nuestras vidas.

Había pequeñas salpicaduras de sangre en mi ropa, aunque no me pertenecían; ciertamente había tenido mucha suerte y estaba ileso *hasta el momento*. Mi compañera se encontraba en un estado intermedio entre nerviosismo y shock. La tomé de la mano y corrimos sin parar por unos doscientos metros, hasta quedarnos sin aliento. Los disparos, que hace hasta un minuto se escuchaban, habían cesado. Doblé por un callejón y nos escondimos detrás de un contenedor de basura. No se percibía ningún olor, solamente el fuerte aroma arbóreo que Luna siempre portaba.

—Creo que los perdimos —comenté susurrando, casi sin aliento—. Lucas... Lucas no debe estar muy lejos de aquí. Solo necesitamos encontrarnos con él en el camión y...

La chica no parecía escuchar mis palabras, o al menos no daba muestra de ello. Al parecer había sufrido psicoló-

gicamente más de lo que pensaba. Realmente estábamos envueltos en toda una problemática que estudiantes universitarios nunca debiesen experimentar.

—Ada... —susurró con la voz quebrada— ¿Por qué nos tuvo que pasar esto a nosotros? ¡No estamos en una maldita historia de ciencia ficción para adolescentes! Esto es real. Los disparos son reales. Estas lágrimas... ¿Crees que son ficticias?

Sus lágrimas corrieron a largo de sus pómulos. La abracé. Contuve el calor corporal que se perdía a través del frío aire de aquella noche lluviosa de luna menguante.

A lo lejos se oía una música que parecía de cabaret, en la vereda de enfrente unos borrachos peleaban sin reparar en los transeúntes que pasaban. Todo esto contrastaba ampliamente con nuestra situación, aunque me permitió en cierta forma mantener la cordura de la realidad; estos últimos minutos habían parecido que formaban parte de una pesadilla viviente.

Un pequeño camión blanco estacionó frenando bruscamente frente al callejón en donde ambos estábamos, aún abrazados. El reflejo de las luces de neón en los lentes me permitió reconocer a mi compañero.

Llevé a Luna, aún visiblemente consternada, hasta el vehículo, y entramos por el costado. El interior estaba algo oxidado y en las paredes se observaban intentos de cubrir las zonas más deterioradas con pintura. Lucas puso el trasto en movimiento y nos habló desde la cabina.

—¿Consiguieron salir ilesos? —gritó desde el frente— Mientras ustedes servían de distracción, Johan subió todos los componentes al camión —se acomodó los lentes—.

Tenemos lo que necesitamos.

—No nos rozó ni una bala... Aunque Lu está algo... impresionada todavía. ¿Dónde está nuestro... amigo?

Afuera, por la ventana, veía los postes de luz pasar como si de fotogramas de una cinta de video se tratasen. El brillo artificial de las luces de neón cubría cada edificio. En las alturas, innumerables autos surcaban los cielos como avispas. Se veían algunos vehículos en el asfalto, a pesar de todo.

Lucas miró por el retrovisor una fracción de segundo y luego retomó la visión del camino.

—Pensé que luego de haber cargado las cosas, se había ido con ustedes —sostuvo mi compañero mientras tomaba una pronunciada curva—. Les estaba por preguntar lo mismo...

— ¿De modo que no lo viste después de aquello? —interrogué a la vez que el vehículo daba una ligera sacudida por un bache en la carretera.

—No.

Se escuchaba una suave vibración proveniente del techo, seguramente producto de alguna pieza suelta en el fuselaje. A pesar del avanzado estado de deterioro del camión, el motor se oía muy silenciosamente; o al menos más de lo que se podría haber esperado en su estado.

—Voy a llamarlo a su celular —declaré sacando un teléfono que me había dado Johan. Tras marcar el número, esperé un momento, pero nadie contestó.

—No contesta —mencioné con un pequeño nudo en la garganta.

Mi compañero me dio fugaces miradas desde el retrovisor, sin decir una palabra por un momento

El incómodo silencio se hacía cada vez más grande. Miré a Luna y vi que observaba la palma de sus manos, temblando ligeramente.

— ¿No deberíamos buscarlo? —sostuvo Lucas reduciendo de forma notable la velocidad del vehículo.

Reflexioné un instante durante el cual decenas de imágenes pasaron por mi cabeza como destellos efímeros.

—Hacer eso sería una pérdida de tiempo. Creo que si Johan estuviera aquí, él diría lo mismo. Podríamos estar horas buscándolo sin punto de referencia alguna, con probabilidades casi nulas de encontrarlo en la gran ciudad —espeté tratando de buscar las palabras adecuadas—. Lo mejor que podemos hacer es volver a su casa. Es probable que regrese allí. Mientras tanto deberíamos empezar con la construcción de la máquina...

Mi compañero asintió, y veinte minutos después estábamos ya en el taller ubicado en la parte trasera de la vivienda de Johan. Ubicamos el camión de forma que fuera fácil sacar todas las piezas del contenedor del vehículo. Luna fue a darse una ducha para despejarse y limpiarse, mientras nosotros bajábamos con cuidado las múltiples cajas en donde estaban los componentes.

Después de un rato en silencio, cuando ya habíamos terminado de retirar todo el cargamento, Lucas me dirigió la palabra, casi susurrando.

—Oye Ada...

— ¿Sí? —contesté a la vez que observaba que su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia abajo, y un brillo

especial cubría sus ojos.

—Extraño a Andra... Su compañía, su delicada voz inocente...

—Su mirada cargada de emoción —continué—, sus dorados cabellos al sol y aquella característica voluntad siempre dispuesta para ayudar a los demás, sin importar si eso la perjudicaba a ella misma... Lo sé Lucas, yo también la extraño muchísimo. Es como una hermana para mí, siempre lo digo hasta el cansancio —di un breve suspiro—. Es por eso que debemos concentrarnos en nuestro plan, y llevarlo a cabo de la mejor manera posible, ya que es lo único que tenemos en este momento.

El silencio nocturno fue interrumpido repentinamente por una serie de golpes en la puerta de metal del taller. Intercambiamos rápidas miradas, antes de que escucháramos una voz hablar desde afuera.

— ¿Chicos? ¿Están ahí adentro? Soy yo —dijo una clara voz con énfasis. A pesar de todo, parecía bastante tranquilo. Me acerqué a la puerta y saqué la traba, produciendo un chirriante sonido metálico.

—Creíamos que te había sucedido algo —comentó Lucas mirando a nuestro amigo—. No contestabas el teléfono.

—Oh, el teléfono... —murmuró para sí mismo Johan, mientras se sacaba las zapatillas llenas de barro—. Hay toda una larga historia para eso, que implica corridas, lluvia, disparos y amenazas, en fin, lo de siempre... Ya se harán una idea mental de lo que sucedió —el chico agitó el calzado en el aire, mojándonos con todas las salpicaduras que salían volando, mientras nos miraba con su incomprensible sonrisa.

—¿Estás herido? —le interrogué mientras veía algunas manchas rojas debajo de su cuello.

—Oh, no es nada... No te preocupes —replicó sin darle importancia—, solo son ligeros rasguños que cicatrizarán en pocos días. ¿Y a ustedes como les fue?

—Conseguimos todo lo necesario —sostuve—, con ciertos... problemillas, pero nada que no se pueda afrontar.

Johan me miró de arriba a abajo unos segundos, y luego posó su mirada sobre Lucas unos segundos, para después volver a mí.

— ¿Y tú estás herido? ¿Dónde está Luna?

—Por suerte no; esta sangre no es mía...

—Así que te ensuciaste las manos... Bien, sabía que iba a pasar tarde o temprano.

—Sí, supongo que sí... —bajé la voz— Lu se está recuperando. Creo que toda la situación le afectó bastante... De hecho, voy a ir a hablarle ahora. ¿Puedes ayudar a Lucas con estas cajas?

—¡Sin problemas! —contestó Johan mientras que buscaba intensamente algo en su chaqueta. Me imaginé alguna venda o tela para cubrir sus heridas, pero tras unos instantes de búsqueda incesante, sacó una barra de chocolate blanco.

—Menos mal que llevaba una de estas por si acaso...

Capítulo 10

Sueños en la oscuridad

Ella estaba observando a través del gran ventanal del comedor el caótico cielo de la ciudad durante su relucir nocturno, con numerosos bólidos metálicos recorriendo caminos que parecían completamente aleatorios, pero en realidad estaban calculados al milímetro, casi guiados por una mano invisible.

La sala solo estaba iluminada por el suave resplandor de las luces fluorescentes, el cual se dispersaba en su rostro de manera uniforme, radial, denotando lo que a mis ojos parecían simetrías universales perfectas.

Estaba tan absorto ante esta imagen onírica, que no me di cuenta de que había una silla delante de mí, debido en parte a la oscuridad visceral que cubría el lugar, entre otros motivos que están de más mencionar. Lo cierto es que al intentar hacer mi entrada de película, tropecé con aquella silla y caí de bruces al suelo, ocasionando un estridente ruido que se debe de haber escuchado en el piso de abajo.

Luna se asustó (no sin legítimas razones); y cuando me vio en el piso, se acercó rápidamente.

—¡Ada! ¿Estás bien?

Hice una seña desde el suelo con mi dedo pulgar levantado, aun con el cuerpo contorsionado, mientras que elevaba el brazo en alto.

—Fenomenal, estoy espléndidamente bien—exclamé a la vez que me incorporaba y sacudía el polvo (que había en cantidades considerables, puesto que Johan no era del todo cuidadoso en ese sentido). ¿Y tú, cómo estás?

Lu profirió una suave, pero sincera carcajada, como hacía mucho tiempo no se le escuchaba reír.

—Ay, Ada, a veces eres odioso; pero en ocasiones haces que me alegre de estar contigo.

La chica me miró con sus profundos ojos mientras la brisa agitaba sus coloridos cabellos.

—Y sí, todos tenemos nuestro matiz personal... ¿Qué observabas por la ventana? —pregunté mientras acomodaba la silla de vuelta a su posición original. A lo lejos se escuchaba la reconocible y entrecortada risa de Lucas.

—Oh... Nada... Quiero decir, me sorprende mucho el gigantesco cambio que ha tenido Mércorin, Corintia... —se corrigió la chica a la vez que se colocaba el cabello detrás de su oreja, de la forma más delicada que un ojo humano haya visto jamás— Nunca me imaginé que actos tan pequeños tuviera un impacto tan drástico en el futuro.

—Claro, el efecto mariposa —aseveré—. Los efectos a largo plazo siempre se verán potenciados exponencialmente. Hasta las más insignificantes decisiones que tomamos hoy, pueden cambiar totalmente nuestro destino en este planeta; tanto como personas, como sociedad. Realmente podemos poner un «ding» en el universo, aunque sea pequeño en su escala.

Lu me miraba mientras seguía hablando con una mirada que me engulló por completo, las palabras ya solo salían de mi boca como burbujas desde el fondo del mar. El sitio

seguía sombrío; las únicas luces eran las que se proyectaban difusas desde la abertura en donde antes había estado contemplando la joven.

Ella dio un paso al frente, acercándose a mí.

Miraba hacia un costado, y tal vez fue mi imaginación o la poca iluminación de la sala, pero me pareció ver como si se sonrojara. Podía sentir su respiración lenta pero agitada, a la vez que...

Y de improvisto se encendieron las luces y un mar de carcajadas entró por la puerta.

—Lucas se ha apretado la nariz con una pinza, ¿no saben lo gracioso que fue! —exclamó Johan entre risas con mi compañero, que aún tenía su nariz increíblemente roja, pero se lo tomaba con humor.

Chocamos miradas con Luna por un milisegundo, pero puedo ambos desviamos la cabeza. Llámenme distraído, pero en aquel momento no realicé el significado de lo que había sucedido.

Eso fue todo lo que pasó esa noche. Después de haber tomado algo caliente con Lucas, nos fuimos a descansar, no sin antes sentarnos a hablar un rato.

Cuando yo estaba en la cama, en ese estado en el que uno está mitad dormido y mitad despierto; pude escuchar en la lejanía una voz que hablaba sola. No le di demasiada importancia al principio, debido principalmente a mi estado; pero en un momento la puerta de la habitación pareció abrirse unos centímetros, posiblemente debido a alguna corriente de aire circundante, lo cual me permitió escuchar mejor las palabras, espabilándome notablemente.

—¡Ya les dije, tres millones o nada! Si tanto lo necesitan, les costará caro —me di cuenta de que era la voz de Johan, en lo que parecía discutiendo con alguien por teléfono, aunque sus perceptibles intentos de contener la voz eran en vano—. Sí, sí, todo en mi cuenta y les pasaré la ubicación exacta al instante. Después pueden hacer lo que les plazca —¿De qué estaba hablando y con quién? ¿Tres millones? ¿Ubicación exacta? Esto no me generaba ningún tipo de confianza. Pero en ese momento tardé más de lo necesario en darme cuenta de los eventos que podían llegar a pasar a continuación.

Detrás de mí una voz me susurró en la oscuridad.

—Ada, ¿qué haces despierto? No abras la puerta, que entra el resplandor —comentó medio dormido Lucas. Asentí con la cabeza, sin muchas ganas, y me metí entre las sábanas.

Capítulo Ⅹ

—Soy.

Una difusa voz inaudible por nadie, resonó en mi consciencia.

— ¿Qué soy?

Mis manos invisibles se sentían frías y distantes.

—Solo sé que soy.

...

—Recuerdos.

Bloques de memorias inexistentes en esta realidad se movían a través de mi mente, igualmente inexistente. Una palabra venía a mí.

—Tiempo... ¿Qué es el tiempo?

Oí otra voz cercana, podía sentirla casi dentro de mí, aunque esta «resplandecía» con otro color.

—El tiempo es una ilusión, una fantasía generada por la mente del observador.

...

—¿«Todo» alguna vez tuvo un inicio?

—«Todo» ha existido desde siempre. Y existirá por siempre. Infinito. Nada tiene un fin, incluso la consciencia. Nada puede desaparecer porque sí. Es por eso que los magos son los más grandes mentirosos.

—Magia. Cinco.

La ausencia de luz llenaba todo el espacio.

— ¿Qué es la magia?

—La magia es el nombre que le damos a aquellas cosas que aún no sabemos explicar —respiré el vacío.

— ¿Qué es la «vida»?

—La vida es una ilusión. Una fantasía generada por la mente del observador. No hay barrera entre vida y no-vida. La evolución de la materia hace que se «ordene» en estructuras que son llamadas «seres vivos», según la mente de los observadores.

El ruido silencioso de una campana lejana resonó en los planos de la irrealidad.

—Siempre me pregunté qué es lo que hace que un grupo de partículas se unan de una forma particular y den origen a algo «consciente».

—He ahí la magia. Los magos son los más grandes mentirosos.

...

Vislumbé el inmenso número de mentes alrededor mío. Solo era una más del montón, y aun así, tan importante como todas. En ese momento no existía diferencia entre «individuo» y «conjunto», entre «grande» y «pequeño», «antes» y «después», «ignorancia» y «conocimiento».

Aun así, tenía una última pregunta...

— ¿Por qué hay «algo», y no «nada»?

—La «nada» de la que hablas es una ilusión. Una fantasía generada por la mente del observador. Los magos son los más grandes mentirosos.

Capítulo 11

Singularidad de eventos

Mis párpados dormidos se abrieron lentamente, con mi mente aun recorriendo el umbral entre lo onírico y lo real.

Tenía vagos recuerdos e imágenes borrosas, pero nada totalmente definido. Durante el transcurso de la mañana iría recuperando progresivamente los pequeños «fragmentos» restantes de memoria.

La antigua cafetera que Johan nos había prestado comenzaba a fallar, a veces apagándose antes de que estuviera listo, o en ocasiones hirviendo infinito.

Recordaba haber oído voces, aunque ninguna de ellas se correspondía a mí; en cierta forma no le correspondían a nadie en particular, era como si fueran de nadie y de todos al mismo tiempo. Aunque más allá de eso, había algo en una de ellas que me recordaba a Andra...

—¡Buenas noches y próspero año nuevo! —exclamó enérgicamente un somnoliento Johan en pantuflas celestes y una camisa grisácea con un logo de lo que parecía ser una vieja banda de rock de los 80'. Me rasqué la parte inferior de la barbilla mientras levantaba las cejas.

—A veces no sé si has consumido algún tipo de sustancia extraña cinco minutos antes de hablarme, o simplemente te falla la azotea un poco... Bueno, bastante.

— ¡Ha! Te lo tomas demasiado en serio, Ada. Algún

día entenderás que el mundo es una gran broma y los ganadores son los mejores comediantes, y no los magos, encerrados en sus torres de marfil...

Afuera, a través de la ventana, divisé un coche policial sobrevolando los alrededores de una gran torre sombría. Otro crimen mañanero en la ciudad del caos.

—Uhm... Veo que has descubierto mi malfunctionante máquina —murmuró Johan mientras rastrillaba con su mirada los estantes, seguramente en busca de sus preciadas galletas con pizcas de chocolate que comía cada mañana.

—¿La qué...? Ah, la cafetera —repliqué luego de dar un sorbo a mi capuchino—. Sí, un detalle menor, no te preocupes... Oh, por cierto; escuché que anoche estabas despierto hablando por teléfono ahora que lo recuerdo... —le di una mirada inquisitiva de reojo— ¿Saludando a viejos colegas?

El chico sacó un paquete de *Kripchok* del tercer estante, y comenzó a abrirlo rápidamente.

—No, en realidad estaba cerrando trato con unos mafiosos de primera clase —dijo mientras me miraba tranquilamente con su extraña sonrisa. Luego comenzamos a reírnos. Su humor me generaba una sensación peculiar...

Esa tarde llegaron a la casa amigos de nuestro huésped. Estuvieron jugando durante incontables horas a un juego de cartas que desconocía, cuyo nombre creo que era Mir, el cual contaba con diversas cartas de colores con extrañas figuras geométricas. Todos iban eventualmente quedando afuera del juego, hasta que quedaba uno. Al parecer esta-

ban apostando con comida, lo cual me pareció gracioso.

Durante esos momentos me pasé por el «taller» para ayudar a Lucas con la máquina. Cuando llegué al sitio, él estaba acostado sobre el piso, debajo del chasis, soldando algún componente.

— ¡Luke! ¿Cómo va?

Mi amigo me contestó desde allí abajo, sin dejar de hacer su trabajo.

— ¡Ada! Todo establemente normal, haciendo progresos pequeños por aquí y por allá... Sorpresivamente, la mayor parte ya está terminada —Lucas se incorporó, sacándose los lentes polarizados y me saludó amistosamente.

—Es bueno saber eso —comenté— ¿Ya está colocado el transductor para empezar a calibrarlo?

—Sí, lo terminé de armar recién. Si puedes hacer la calibración mientras yo termino de conectar la refrigeración, sería genial... ¡Uf! Pero primero vamos a la cocina a buscar algo fresco para tomar; estoy totalmente sediento y muerto de calor.

Mientras caminábamos pesadamente por el pasillo, nos encontramos con Lu. Parecía mucho más animada ya.

— ¡Chicos! ¿Cómo están? Escuché un montón de alboroto que venía desde la sala, y quería saber de qué se trataba...

—Al parecer una tropa de amigos de Johan vino a entretenerse un poco a su morada —aclaré.

—Y no les des la mano, o te tomarán hasta el codo —sugirió Lucas—, la gente es un poco... distinta aquí comparada con nuestro mundo.

Reí sonoramente.

— ¿Qué? ¿Qué es gracioso? —preguntó mi compañero—. No me extrañaría que todo esto de los viajes te haya afectado el coco.

—«Nuestro mundo» —espeté—. Dicho así, parece sacado de un viejo libro de fantasía... Solo que en vez de un armario, tenemos un portador.

—Muy gracioso, Ada —comentó Lucas, precisamente sin gracia en su rostro—. Vamos a la sala, a ver qué se cuece.

Y en el lugar realmente se estaba cociendo algo, porque había un hedor bastante desagradable... Terrible.

— ¡Eh, shico! ¡Al fin han venido! —exclamó Johan con un aire de ebriedad, o incluso de algo más—. ¡Estos son mis primos...! ¡En realidad no lo son realmente, pero es como si fueran parte de la familia!

Recibimos una serie de saludos inentendibles, en parte por el estado de nuestros elocuentes, sumado al hecho de que todos hablaban simultáneamente como un coro graznante de patos.

Percibí de reojo una desinteresada pero punzante mirada de nuestro anfitrión. A pesar de su aparente soltura momentánea, había algo en su forma de comportarse que me generaba cierta inquietud.

En el fondo sabía lo que iba a pasar; conocía el verdadero entramado subyacente formado sutilmente por palabras, hechos, gestos. Solo que me lo negaba; me negaba a creer en lo que ya era ineludible a estas alturas del embrollo.

Nos unimos a la mesa, que estaba repleta de cartas y dados de diversos colores y densidades. Compartimos

charlas triviales mientras jugábamos a Mir, que era lo bastante sencillo como para aprenderlo en un par de minutos. Lu no quiso jugar, pero se sentó en la esquina de la mesa, a mi costado, a veces echando una mirada hacia el ventanal.

A eso de la medianoche, Johan trajo varias botellas de lo que él llamó “El Elixir Espirulado”. No acostumbro a beber ni siquiera en fiestas, sumado al hecho de mi confusa incomfortabilidad. Pero eso no me importó, al parecer, porque acabé accediendo, irónicamente, con el sentimiento de necesitar olvidarme un rato de estas extrañas sensaciones de incomodidad.

Tomé de la fuerte bebida, la cual tenía un sabor casi dulce; aunque ya me estaba arrepintiendo.

Esta parte en la historia en la que todo debería ser un giro inesperado, una suerte de cambio que solo el narrador debería saber. Pero no; yo ya sabía lo que iba a pasar, y aun así, caí en las redes más oscuras de aquellos tiempos. «Tiempos» en los cuales ya me costaba definir esa misma palabra. Mi visión se tornó borrosa progresivamente.

Capítulo 12

Las garras del horror

Figuras borrosas y luces difuminadas fueron lo primero que percibí. Gradualmente, las líneas fueron haciéndose más definidas hasta que pude dar cuenta de que me estaba despertando de lo que parecía ser un largo sueño; aunque paralelamente también tenía la sensación de estar ingresando a uno, en cierta manera.

Mi mente se enfocó un poco más, y pude percibir mejor el entorno. Un tinte verde azulado bañaba toda la escena, cuya fuente de luz aparentemente provenía del suelo mismo —ni siquiera al momento de escribir este relato puedo precisarlo con exactitud—, lo que otorgaba al lugar de una extraña y contrastante iluminación.

Diversos ruidos pude escuchar en todas las direcciones, la mayoría de ellos los describiría como «metálicos» y «acuáticos» al mismo tiempo, si es que eso tiene algún sentido lógico.

Levanté mi cabeza con mucho esfuerzo, mi cuello se sentía diez veces más pesado que lo habitual. En mis brazos tenía varios conductos que bien podrían haber sido tanto cables como mangueras de algún tipo; ya no solo en mis brazos, sino en todo mi cuerpo semidesnudo pude sentir el tacto de miles de estas conexiones que se introducían en mí como criaturas estrechas transgrediendo mi organismo.

—Matías, parece que el chico ya se despertó. ¿Aumento

la dosis?

La disipada voz provenía de un costado, fuera del alcance de mi visión. Intenté girar mi cabeza, pero mis músculos no parecían responder con normalidad, o tal vez tenía atada la cabeza, en aquel momento no lo pude saber.

Ahora, ya al haberme despertado completamente, pude escuchar voces murmurando en todos lados. Hablaban con cierto tecnicismo, propio de los científicos o ingenieros. Otra voz, un poco más lejana que la anterior, contestó de forma pausada.

—No. Ya nos acercamos a la fase final, y es imprescindible que durante este proceso él esté consciente para evitar posibles interferencias con la fase REM —en la distancia se oyó un chirrido apagado—. Dejele reclinarsse y desabróchalo. Vamos a iniciar el proceso de interacción en unos momentos.

Instantes después sentí una vibración en mi espalda; el asiento o camilla en la que me encontraba comenzó a reclinarsse lentamente hacia adelante, dejándome ver los rostros de los interlocutores y la totalidad del lugar, que parecía ser una especie de laboratorio-taller, con estructuras y artefactos que no había visto nunca antes.

—Bienvenido nuevamente, Gabriel —dijo un hombre alto, de tez morena, con voz grave—. Es probable que en este momento estés un poco confundido, somnoliento o incluso ansioso; es totalmente normal debido a lo que acabás de experimentar.

Una figura femenina que estaba en la periferia de mi visión se acercó entonces, y extendió su mano hacia mí, acercándome un pequeño recipiente metálico.

—Tomá esto, te va a calmar la sed y aliviará el entumecimiento rápidamente —manifestó la mujer con traje blanco y un ajustado cuello tortuga. Portaba una placa platinada que decía “Paula”.

Acepté la bebida que me ofreció de buena gana, mi boca estaba tan seca que parecía haber masticado arena. A pesar de todo esto, mi estado de desorientación seguía latente por una respuesta a estos eventos extraños.

— ¿Dónde estoy? Lo último que me acuerdo es estar en la casa de un amigo, y de repente es como si...

—Tranquilo, voy a explicarte todo si me escuchás con paciencia —declaró el hombre a la vez que examinaba la pantalla de un dispositivo que reposaba sobre la mesa—. Vení y sentate acá, Gabriel; esto va a llevar un tiempo, y podés ponerte cómodo... Paula, ¿podés desconectarle todas las conexiones mientras lo ayudo a levantarse?

—Claro, ¿el del lóbulo frontal... también, Matías?

—Sí, por favor. —replicó este.

Mientras me incorporaba para luego sentarme en un sillón almohadonado con tachas rojas, el hombre me hablaba con su reconfortante timbre de voz.

—Como habrás escuchado, mi nombre es Matías, y soy psicólogo, entre otras cosas... —vi en la pared del fondo un título colgado que describía «Doctorado en neuroingeniería»—. Hace unas semanas aceptaste inscribirte en un programa de prueba para una tecnología en desarrollo aún no implementada a nivel público; digamos... en el mercado. El prototipo que estamos probando nos permite conectar el cerebro de un ser humano a una interfaz de interpretación virtual, pudiendo cargar en tu mente un

mundo completamente distinto a este, con recuerdos y eventos totalmente seleccionables. Es decir, hacer creer a tu consciencia que estuvo viviendo en esa realidad desde siempre.

Oía las palabras, pero era como si me convirtiese en un observador que no está realmente ahí, un sujeto esclavo de su propia automatización. El doctor continuó con sus palabras.

—Este proceso conlleva complejas interacciones, y hasta hace poco desconocidas reacciones en el cerebro. Es por eso que necesitamos este tipo de programas cuando trabajamos con esta clase de nuevas tecnologías. Por ahora todo el desarrollo es de carácter privado, por lo que es necesaria una completa confidencialidad en el asunto.

Matías hizo una pausa. Todo este tiempo había estado observando unos gráficos en el pequeño dispositivo que tenía entre sus manos. Ahora giró su silla y me dirigió una profunda pero inquisitiva mirada.

—Todo lo que recordés de tus últimas experiencias *son eventos inexistentes en este mundo*, es importante que asentemos eso. Cada uno de esos hechos y esas personas nunca existieron, por más vívidas memorias que tengas; ese es el nivel de conexión al que hemos llegado con el Ágora.

El doctor Matías deslizó algunas ilustraciones sobre el escritorio, delante de mí.

—El uso de esta máquina puede llegar a tener algunos efectos secundarios a corto plazo; hemos observado que la mayoría de personas demoran un tiempo en volver a recordar su vida «real» cuando son desconectados.

Normalmente, al cabo de unas horas deberías ser capaz de recordar todo a la perfección. El procedimiento habitual, sería llevar...

—Andra —interrumpí— Andra... ¿Nunca existió? —no parecía dar crédito a nada que lo que escuchaba, sentía, ni siquiera a lo que pensaba por aquellos momentos. Una sensación repentina de quiebre de la percepción de lo real invadió mi ser como una reacción en cadena.

—Entendemos que a veces se pueden experimentar algunos sentimientos desconcertantes al principio —expresó Matías—, pero todo debería volver a la normalidad en poco tiempo, cuando todas las memorias originales se «reactiven», por decirlo de alguna forma.

Memorias pasaron por mi mente como un carril de imágenes, sin detenerse, sin disminuir. Veía sus rostros en cada fracción de segundo.

—Andra... Lucas... Luna... No puedo creer que nunca hayan existido. Mis amistades con algunos de ellos duraron años... —exclamé con un aire de exasperación poniendo mis brazos sobre mis rodillas pesadamente.

Con mis ojos cerrados, que guardaban en sí un arroyo de nebulosas memorias, sentí que una mano cálida se apoyaba sobre mi hombro derecho.

—Gabriel... —levanté la cabeza y observé los profundos ojos de Matías mientras me murmuraba— Tenés que volver a tierra; y *yo sé* que lo vas a hacer.

Hubo un momento de silencio, pero no un silencio incómodo, sino uno de esos que están para decir algo más.

El doctor se incorporó, y lentamente salió por una puerta que había a mi izquierda.

Capítulo 13

Nuevo ángulo

Cuando ingresé por el umbral de la puerta de mi casa, casi no reconocía ese lugar; era como si hubiese vivido allí hace muchísimo tiempo atrás.

Al entrar a mi habitación y arrojar me sobre mi cama, pude observar en la pared mis antiguas fotografías que había tomado en mis tiempos juveniles de fotógrafo aficionado.

En ese momento, sentí como si me hubiesen echado un chorro de agua helada sobre mi cabeza. Todos los recuerdos que se encontraban descansando en el fondo de mi mente, de repente se encendieron en voraces llamas, e inundaron mi consciente visión en un mar de imágenes simultáneas.

Los rostros de mis amigos, los lugares de la ciudad que siempre frecuentaba, la fachada de la universidad en donde trabajaba, esa lejana noche en la que expresé mis sentimientos a aquella chica tan especial que resultaría en la mujer de mi vida... Todo eso sacudió hasta mis más profundos atisbos de percepción.

No sé cómo, pero en ese momento me dormí; tal vez de lo cansado que me encontraba, tal vez porque me habían suministrado algún tipo de droga para descansar con mayor facilidad, no lo sé.

Me encontraría al otro día enredado entre las sábanas otoñales, desparramadas caóticamente sobre el suelo y mis piernas destapadas parcialmente.

Era lunes, si mi mente no me fallaba. Había ingresado a los laboratorios del Ágora el viernes por la noche. Eso significa que toda la vida que experimenté en la otra realidad ocurrió solamente en aproximadamente dos días.

Realmente eso daba mucho qué pensar; gran parte de esos hechos no los había «vivido» bajo experiencia propia, sino que habían sido meramente memorias inyectadas para rellenar el contexto de mi existencia en ese mundo.

¿O es que acaso esto era un sueño, una alucinación?

Esa mañana lloviznaba débilmente, gotas diminutas que se mezclaban con los escasos rayos de sol que se colaban a través de las pálidas nubes pastel.

La universidad estaba casi vacía a esas horas de la mañana, y yo caminaba distraído; tal vez demasiado distraído como para reparar en la camioneta de color beige que recorría la avenida a una velocidad moderada, de forma zigzagueante.

El hombre que la manejaba se llamaba Javier, un colega del área de ciencias, que rozaba apenas sus treinta. Bien yo sabía que él sufría de problemas cardiovasculares desde su niñez, tal como me había contado la tarde que nos conocimos en mi primer día de trabajo; me había dado una muy cálida bienvenida a ese totalmente nuevo mundo para mí. Yo tan nervioso, y el tan apacible. Se había convertido en una especie de hermano mayor desde aquel día.

Esa mañana, él estaba adelante de aquel volante, sentado en el impecable asiento de cuerina, apoyando fuertemente la mano izquierda en su pecho, mientras sus pupilas se dilataban, sus brazos torcían, y las piernas parecían no responder a su voluntad.

Y ahí estaba yo, pisando los pequeños charcos que se creaban en el gastado cemento cubierto de hojas ya dormidas.

No fue el ruido del vehículo que se dirigía incontrolablemente hacia mí lo que me hizo levantar la cabeza, sino algo que pareció salir desde dentro de mí, para manifestarse en mis cercanías. Pude escuchar con total claridad el sonido de una voz llamando mi nombre desde el otro lado de la calle, unos metros más allá, me pareció.

En una sucesión de rápidos movimientos vislumbré el bólido de metal, con sus faros encendidos en la grisácea mañana. No tuve tiempo de pensar nada al respecto, como descubrí en ese tipo de situaciones, más solo me aparté hacia un costado; no sé exactamente de qué forma, pero un momento después yo me encontraba en el piso cubierto de barro y gramilla.

Un estruendo resonó en la avenida, captando la atención de todos los que se encontraban allí. Una pareja de jóvenes que caminaban con un paraguas se detuvo en seco. Ellos miraron primero el lugar desde donde se había escuchado el ruido. Yo hice lo mismo.

En el suelo, cayendo hacia el asfalto, se mezclaba el agua de lluvia con el brotar líquido de raíces rojas.

* * *

Esa secuencia de eventos desafortunados me perseguiría todo el día; parecí solo despertar en el momento en el que la chica de cabello avellana levantó la mano para hacer una pregunta en medio del ensayo. Sentí hundirme tal vez en su mirada, escaparme en su rostro, tan ella, tan Andra.

—Profesor Gabriel —exclamó la chica con voz de contralto. Giré mi cabeza lentamente, mientras escuchaba por la ventana a un grupo de música pasar por la calle, practicando para la obra de la semana próxima.

— ¿Sí, Lisa?

—Disculpe que se lo mencione, pero el horario de la clase terminó hace diez minutos... Y ya sabe usted que tenemos que tomar el último ómnibus los que vivimos en las afueras de la ciudad —dijo educadamente la joven.

—¡Oh! Sí, tienes razón —le contesté con amabilidad mirándola directamente a los ojos. Luego me dirigí al resto de la clase—. Chicas, por hoy vamos a dejarlo acá. Ensayaremos el resto del acto mañana; no se preocupen, aún contamos con tiempo suficiente.

Las jóvenes comenzaron a bajar del escenario mientras buscaban sus abrigo y el resto de sus pertenencias.

Escuché varios saludos de «Buenas noches» y de «Que le vaya bien». Procedí a recoger mis cosas del viejo armario de roble que había en un espacio al costado del escenario, entre la oscuridad, fuera de los ojos del público que estuviese en el recinto. La sonora marcha del exterior estaba alejándose ya, aunque las guirnalda que colgaban del techo seguían moviéndose por resonancia.

Desde la tarde que ya no llovía afuera, aún todavía de noche había en el piso pequeños charcos que reflejaban

de manera etérea las blancas luces del frente de la universidad. Más en el cielo lejano, al borde del horizonte, unas tinieblas casi sólidas rellenaban todos los atisbos de profundidad.

Sentí una vibración en mi bolsillo izquierdo; era una llamada de Demián, un colega de la institución que había ingresado este mismo año. Le contesté sin vacilar, saludándolo por su nombre.

—Sí, todo bien Gabi. Gracias por preguntar —se escuchó por el altavoz roncamente—. Te llamaba para decirte que dejaste tu libro «El sol egoísta» en mi escritorio. Como no lo has venido a buscar desde hace un tiempo, pensé que lo habías olvidado...

— ¡Con razón! —exclamé deteniéndome en la vereda—. No lo podía encontrar en ningún lado desde la semana pasada. Espérame en tu box, recién estaba saliendo; en unos minutos estaré ahí.

Los pasillos de la facultad estaban iluminados como un consultorio médico o un laboratorio. Me asqueé un poco. Salía del despacho de Damián, y ya tenía el libro en mi bolso. Unos metros más adelante, se elevaba el letrero de la puerta de salida, casi esperándome ansiosamente.

Algo llamó mi atención en ese momento, tal vez fue el canto lírico que se escuchaba desde una puerta a mi derecha, que comunicaba con el anfiteatro número tres. O tal vez fue el reflejo de la iluminación verde y amarilla que se veía desde la abertura entreabierta. La luz poseía un carácter natural y fuerte, intenso, como rayos de sol

del mediodía, colándose a través de una prolija rendija dentro de una oscura y rancia cueva.

Allí estaba la puerta entornada, con su desgastado, casi invisible cartel que le hacía referencia. La empujé suavemente, casi inconsciente de que había modificado mi ruta.

Adentro estaba la obra. Y con esto quiero decir, que en ese momento estaba teniendo lugar una función teatral completamente desconocida para mí.

De reojo, vi desenfocadamente a los personajes pronunciando dramáticas palabras, mientras que de fondo, una voz femenina recitaba un ancestral cántico muy sublime.

Todas las sillas del lugar estaban ocupadas; la gente observaba con fijas miradas lo que sucedía en el escenario, absortas a un nivel total de entrega con la historia que se les presentaba progresivamente. Cada uno de ellos parecía determinado a conocer el final, pero a la vez había algo en sus miradas que me decía que ya sabían lo que iba a suceder; como si de alguna forma, en múltiples y continuos sublimes gestos ocultos, la obra anticipara indicativamente el acontecer de todos los sucesos.

Enfrente de mí yacían dos cuerpos tiesos, de una belleza incomprensible ante cualquier intento de evocación. Una mujer y una niña. Mis personas más queridas en todo el mundo. Desvanecidas ya para siempre.

Arriba mío, un árbol enorme dejaba caer sus delicadas hojas doradas, pero no tuve tiempo en contemplar la belleza que guardaba. Caí rotundamente en el piso, sintiendo todo mi ser desapareciendo. Mi visión se tornó borrosa

muy rápidamente. Húmedas y vastas lágrimas recorrían mis mejillas, discurriendo en mi rostro, y haciéndome cosquillas en la nariz, hasta deslizarse por el borde de mi mentón. Lloré como nunca jamás en la vida, sumido en una simple y constante emoción.

Entonces miré a mi derecha, y los vi a ellos, a todos ellos clavando sus ojos en mí, con inexplicable atención. Pude ver en sus rostros mi propia conmoción reflejada en su totalidad. Allí estaban, sentados en sus asientos, llevados hasta el límite, mientras yo reposaba en el piso de madera, interpretando la historia perfecta, que todos parecían conocer ya, como viviendo en un *déjà vu* continuo e inseparable de la obra.

Me vi a mí mismo desde la entrada del anfiteatro, aun con mi mano sobre la puerta de madera. Observé mi cuerpo en el escenario mientras caía, y cientos de hojas amarillentas danzaban con la gravedad y el aire, discurriendo su camino hasta descansar conformes.

Fue entonces cuando todas las personas que había allí, me dirigieron su mirada en un instante que pareció irreal. Todos y cada uno de aquellos ojos se tornó inescrupulosamente hacia mi persona.

Luego todo eso se desvaneció, y sentí haberme despertado de un sueño mientras miraba el letrero del anfiteatro, sin haber entrado aún; con las luces del interior apagadas, y un vacío pesado en su interior.

Mis pies sobre el pasillo no se habían detenido ni un momento, y continué mi camino hacia la gran puerta de salida del edificio. Sentí entender algo que había perma-

necido dentro de mí de forma oculta. Había piezas que entonces encajaron perfectamente, pero aún me faltaba la última porción para entender la imagen completa.

Capítulo 14

Vida

Lamenté no haber traído un paraguas; me encontraba caminando apresuradamente sobre la vereda, bajo el golpeo de las gruesas gotas de lluvia, cuando tuve la más visceral de las visiones, que en cierta forma me devolvió a la realidad como una descarga precipitante.

A unos veinte metros de donde estaba yo, venía a toda velocidad una camioneta roja zigzagueando sin control, sin percatarse de que una pequeña niña estaba cruzando descuidadamente la calle, persiguiendo a un puñado de luciérnagas que volaban en dirección opuesta. La luna menguante comenzaba a ascender, recortándose contra las montañas azules.

Escuché un grito desgarrador desde una casa cercana.

—¡¡¡Lucy!!!

Y de nuevo, y esta vez el sonido se metió en mi mente como un rayo que parte un árbol solitario.

—¡¡¡Lucy!!!

Recordé entonces la historia que me había contado Lucas, y el accidente en el que su hermana había dejado este mundo. Pero la voz que escuché no era la de él.

Era mi voz.

Un horror que había permanecido dormido profundamente se despertó y me recorrió entero, congelándome en seco y deseándome desfallecer allí mismo.

Corrí. Corrí con locura y desatino. No entendía qué es lo que me estaba pasando, pero había una parte en mí que deseaba obtener, aunque sea una gota de ese derecho tan básico, pero del que ciertamente muchas veces nos vemos privados.

Necesitaba conocer la verdad.

Me encaramé contra la puerta de cristal del centro privado de investigación neurológica en donde trabajaba el Dr. Matías Winston, y golpeé con mi linterna sonoramente contra el vidrio. Los pasillos interiores del fondo se encontraban iluminados, pero no observé ningún movimiento durante ese intervalo en el que estuve en frente de la puerta, goteando por debajo de mis zapatos y mojando el cristal con mis dedos.

Exasperado por el correr de mis pensamientos, y la sensación de urgencia, decidí cometer una locura. Recorrí el perímetro del edificio y miré detenidamente en busca de cámaras exteriores. No encontré ninguna a la vista, aunque a esta altura ya poco me importaba.

Eché un ligero vistazo al terreno cercano, en búsqueda de algo que me sirviese para pasar a través de la puerta de madera que estaba al costado del lugar; seguramente debía dar a un depósito o algo similar. Hallé únicamente un viejo tronco derruido por la humedad y al costado una vieja cadena oxidada. Por un momento pensé en partir la endeble base del tronco y usarlo como ariete, aunque desistí al comprobar que había subestimado el peso del mismo.

Mis nervios crepitaban y me vi cegado por un instante por una brillante luz blanca que se había encendido de

repente desde el techo del edificio. Consideré ocultarme detrás de los matorrales que estaban a pocos metros, pero desistí al ver que tal vez me cortase un poco por sus grandes espinas. Otra opción era huir y volver más tarde u otra noche, a pesar de mi desesperación por intentar saber más sobre el experimento al que me había visto sometido por voluntad propia, pero de cuya intervención mi memoria poco recordaba.

Antes de que pudiese hacer nada de eso, una voz gritó temblorosamente pero con energía.

— ¡¿Quién anda ahí?! Si me están rompiendo las flores de nuevo, niños, les prometo que...

—Doctor Matías —dije sobresaltado y dando un paso cautelosamente hacia mi interlocutor—.

— ¿Ga-Gabriel? ¿Qué le ha pasado? Disculpe, pensé que eran esos jovencitos...

—No se preocupe en lo más mínimo —me acerqué lentamente hacia el doctor, mientras él procedía a abrir la puerta—. Yo vine porque... necesito saber qué-qué pasó durante el programa de prueba al que me sometí. En mi mente solo hay vagos fragmentos de lo ocurrido...

—Oh... —el doctor Matías dio unos pasos hacia mí lentamente, a causa de una ligera renguera, y posó su mano en mi hombro—. Te doy mis disculpas de antemano por cualquier problema emocional o mental que hayas sufrido en estos días. Gabriel... ¿No te acordás en qué consistía la tecnología que estábamos probando?

—No. Para nada. Recuerdo que tuve que traer algunas cosas de mi casa, pero no sé exactamente qué eran.

—Claro... ¿Por qué no pasás y tomamos algo caliente?

Agradecí de buena gana, e ingresé por el umbral, mo-
jando toda la entrada. Ingresamos a la ya conocida sala
en la que me había despertado el otro día, aunque esta
vez nos sentamos uno al lado del otro, a un costado de
una pequeña mesa que tenía una cafetera encima. Mi
anfitrión nos sirvió una taza.

—Hace cuatro años que trabajo acá—comentó el doctor
mirando a un costado, tal vez a un par de fotografías que
supuse sería su familia—. Hice investigaciones sobre la
memoria, sobre las fases del sueño, también estudios sobre
los impulsos, los deseos más fuertes, y situaciones adver-
sas que nos llevan a realizar cosas inesperadas. Siempre
quise llevar a cabo la investigación magistral que cambiara
la forma en que entendemos a la mente humana. Cuando
este año se nos derivó la investigación y puesta en marcha
de una nueva tecnología para ayudar a que las personas
superen sus traumas, me sentí más que complacido de
ser el director del proyecto.

—Y entonces hicieron una convocatoria cerrada a un
puñado de gente para probarla.

—Exacto —Matías terminó su café de un sorbo—.
Naturalmente, al ser algo todavía no publicado, nece-
sitábamos de la leal confidencia de los participantes, a
quienes elegimos con severo cuidado; ya los estábamos
evaluando mentalmente desde ese momento. Mediante
agentes de confianza, ya examinábamos su comportamiento
en el trabajo, y en su día a día cotidiano. Necesitábamos
saber que eran los candidatos perfectos.

— ¿Agentes de confianza? —me estaba empezando a
poner un poco intranquilo con el relato de los eventos en

los que había sido partícipe, tal vez no del todo consciente de hasta qué punto había decidido voluntariamente en involucrarme.

—Personas encargadas de suministrarnos información de sus idas y venidas, su estado de ánimo de cada día, las conversaciones en las que se habían visto involucrados a diario... en fin, creo que me entendés, ¿no? —el doctor se giró hacia mí, e inhalo lentamente—. El punto clave está en que... por la naturaleza propia de las pruebas, necesitábamos individuos que hubieran sufrido grandes traumas impregnados en su mente.

— ¿Por lo que... —en alguna recóndita parte de mi mente, sabía a dónde esto me estaba llevando— me eligieron a mí? ¿Exactamente por qué? Y la verdadera razón por la que estoy aquí, es querer saber qué es que pasó conmigo durante las pruebas. Porque siento que todo es una especie de sueño inconcluso; y no solamente lo que viví allá, del otro lado, sino también a lo que estoy viviendo en «este» lugar. *Siento que estoy dentro un sueño cuya existencia no tiene razón de ser.*

El doctor dio un audible suspiro mientras miraba al vacío, como perdiéndose en su laberinto de ideas, y se levantó de improviso. Caminó hasta llegar a una serie de estanterías de caoba, notablemente antiguas pero cuidadas, y abrió un largo cajón que contenía un gran número de cajas. Agarró una de color gris oscuro, que tenía una cinta roja rodeándola (como todas las demás que estaban en el cajón), se acercó hasta mi lado, y la dejó en el medio de la mesa.

Nos miramos fijamente, y entonces la abrí.

Capítulo 15

Ficciones

—Gabriel, te recomiendo que mires el contenido de su interior lentamente, dejando que tu mente vaya asociando estos conceptos con calma, ya que no sabemos cómo vas a reaccionar ante todo esto. Que a la vez es *tan tuyo...* y tan nuevo para vos.

Reposé mis manos sobre la superficie mate de la caja, tenía un símbolo de color blanco sobre la tapa: un círculo calado por un semicírculo a su costado, dentro de una gran circunferencia. Sentí el sólido material entre mis trémulos dedos, deseosos de abrir la puerta a esos hechos que se me escapaban; y decidido a avanzar el mayor paso hacia el conocimiento, tomé la tapa y la puse a un costado.

Lo primero que vi fue un poco confuso, pero de a poco mi mente comenzó a hilvanar la historia que se me entregaba, ahora ya sí en mis propias manos.

Una serie de fotografías colocadas de costado llenaba todo el interior de la caja; había fácilmente unas doscientas, colocadas perfectamente una encima de la otra. Un protector transparente cubría cada una, como velo ante el desgaste.

— ¿Qué es todo esto?

—Esta es la respuesta que estabas buscando —dijo Matías—. Todas las personas que ingresaban al experimento tenían traumas que querían olvidar voluntariamente.

Nadie fue la excepción a la regla; vos también accediste al tratamiento deseoso de perder ciertas memorias con el puro deseo de alejar el sufrimiento.

— ¿Tratamiento? — miré la colección de fotos y tomé la primera, me quedé observándola confundido. Allí estaba el rostro de una niña, bañada por la luz del sol entrecortada por la sombra que producían las hojas de un árbol fuera del cuadro. En el fondo relucían grandes montañas azules, y los árboles se veían vívidos con sus colores verdes y rojos. La chica tenía un castaño y corto cabello, sujetado por un broche con forma de mariposa que sobresalía del costado. Ella miraba hacia un lado, queriendo tal vez atisbar algo en el horizonte.

La niña... era Andra. Perdí todo el aliento de un suspiro.

— ¿Cómo...? ¿Qué es esto...?

Un velo húmedo se hizo dueño de mis ojos. Me tuve que haber vuelto demente en aquel instante. Solo la unión de todos los cabos pudiese tal vez evitar la pérdida total de mi cordura.

— Tenés que entender que lo hicimos porque vos lo querías — dijo Matías—. Nada de esto fue en contra de tu voluntad. Vos accediste al tratamiento para olvidar todo ese dolor que no podías soportar.

Saqué una fotografía tras otra, mirándolas detenidamente por un par de segundos. En todas estaba ella: sonriendo inocentemente mientras visitábamos un parque diversiones, en otra ocasión mientras caminábamos en un patio lleno de cerezos, y también al parecer un día de lluvia sacando fotos a pétalos de flores aún mojados y goteando. No tenía ningún recuerdo de esos momentos.

El doctor me miraba un poco consternado mientras me seguía hablando con un tono pausado.

—Obviamente tuviste que traernos todas las fotografías y recuerdos que tuvieses de ella, antes de que procediéramos a borrar todas tus memorias.

—No entiendo qué es lo que tiene que ver Andra con... el mundo real. ¿No se suponía que todo ese mundo que experimenté fue algo inexistente? ¿Todos los lugares y su gente?

—¿Andra? —preguntó Matías— ¿A qué te referís, Gabriel?

Bajé la mirada otra vez para observar las instantáneas con atención.

—Andra. Ella es Andra. Alguien que conocí dentro de... ese mundo... la simulación, o lo que sea que haya sido eso. Vivía enfrente mío, y solíamos ir a clases juntos con mi compañero de vivienda —mi voz se quebró un poco—. Y con el tiempo la perdimos en un viaje... ella simplemente desapareció, y eso afectó a todo nuestro grupo. Y ahora usted me muestra fotografías de ella a mi lado, de las cuales no tengo memoria —suspiré profundamente y me incorporé, mirando al doctor directo a los ojos—. Por favor dígame la verdad de una vez, por más dura que sea. La necesito.

El doctor Matías me miró fijo por unos segundos, y luego bajó la mirada. Noté en él una especie de arrepentimiento, si es que se puede inferir de alguna manera.

—¿Te das cuenta de que eso puede implicar contradecirte a vos mismo... en el pasado?

—Sí, doctor, me doy cuenta. Pero... ¿Acaso ha habido

alguna persona que no se haya contradicho alguna vez en su vida? Es imposible encontrar a alguien auténtico a sí mismo desde su nacimiento hasta su muerte. Y eso nos hace más humanos, el poder re-aprender y cambiar de opinión. Tengo derecho a contradecirme, y hasta en decir algo totalmente opuesto a lo que antes creí o quise.

—Eso quiere decir, Gabriel... que estás listo para que te cuente todo —Matías me miró e hizo una pausa antes de seguir—. Esta chica... Andra, que vos mencionás, era tu hermana.

Una capa de hielo propia de un río ubicado en algún lugar al norte de Dinamarca se comenzó a derretir con la llegada de los primeros calores primaverales, dando paso a la gradual y exponencial continuación del cauce de aquel afluente. Así describo la sensación que sentí en aquel momento.

—Y si la pudiste ver de alguna forma mientras estabas en la simulación, eso significa que tu mente pudo conservar esos recuerdos que deseosamente querías dejar de lado... Es como si hubiese habido una disputa en tu cerebro, y una parte de vos se haya encargado de mantener a Lucy... Lucía a salvo de toda erradicación, creando una persona, Andra, que era una suerte de analogía con los recuerdos de tu hermana.

En cierta forma comencé a encastrar todas las partes de eso que antes era caos, y ahora se estaba tornando en una amalgama con sentido; mi vida junto a mi hermana hasta el accidente, todas las experiencias en el mundo en el cual ella era Andra y las inolvidables aventuras en las que nos vimos envueltos hasta en el último momento,

todo de alguna manera encajaba.

—Incluso hasta el hecho de la desaparición inesperada... de alguna forma quise volver a vivir y cerrar esa experiencia, tal vez de una forma un poco más metafórica de dejar de existir.

—Gabriel, escuchame —el doctor se levantó, colocando una mano sobre la mesa, sin parpadear—. Sé que esta propuesta tal vez no sea lo más adecuada en concepto de ofrecer una solución real... pero sé que haber pasado por todo esto te debe haber hecho un trastorno o daño mayor al que ya tenías antes de entrar al experimento...

—Lo escucho, doctor —comenté, también levantándome de la silla.

—Mi propuesta es simple en su núcleo, la decisión queda en vos. Mi idea es que puedas ver a tu hermana nuevamente.

Quedé un poco atónito al escuchar el inesperado ofrecimiento. Más sabía que en el fondo de mi ser era lo que más deseaba en este mundo. Me exalté de golpe, se podría decir; no tenía dudas sobre mi elección.

—¿Cómo...? ¿De qué forma sería eso posible?

Matías dio pasos apresurados hasta llegar al escritorio ubicado al fondo de aquel cuarto, su expresión denotaba cierto titubeo. Lo vi buscar algo debajo de aquel mueble, y después de unos segundos sacó a relucir un cilindro de un color pardo mate. Se acercó a la mesa que se encontraba a mi lado, abrió la imperceptible tapa de aquel recipiente, y de adentro extrajo un rollo de papel marcado con ciertas marcas de colores; tal vez diversas palabras y líneas superpuestas en la translucidez del material, el cual

extendió ampliamente sobre la mesa.

—Como te irás dando cuenta, tengo un gustillo adquirido por las cosas materiales, más que lo digital... —comentó mientras fijaba unas pesas de metal en las esquinas de la hoja— A pesar de todas las herramientas de simulación y edición a nuestro alcance, todavía prefiero hacer mis anotaciones y bocetos en algo que pueda palpar con mis dedos.

Observé con detenimiento todas las palabras, dibujos, tachones, y manchas que presentaba ante mí esta lámina casi blanca, de notables años ya, que estaba firmada por el doctor en una arrugada esquina.

Las anotaciones eran sucintas pero elegantes, y las ilustraciones —extensas en cantidad y detalles— me recordaban un poco a aquellas que de Leonardo Da Vinci que tanto me fascinaban en mi juventud.

—El cerebro humano... —dijo por lo bajo mi interlocutor— puede procesar información mucho más rápido a la que estamos acostumbrados día a día. Naturalmente, el flujo de la misma está más bien limitado por la cantidad de estímulos que recibimos a cada momento; además de que no toda la información de nuestro entorno no es relevante, por lo que se produce una reducción sistemática de lo que últimamente somos conscientes.

A lo lejos, un trueno resonó, dejándose apagar lentamente; seguramente lloviese en menos de una hora.

—A causa de esto, cuando estás dentro de la simulación, las horas que experimentas son minutos, y así sucesivamente; creando este curioso efecto «país de las maravillas» donde el tiempo es casi *eterno* de alguna

manera; seguramente conozcas un concepto similar de algún lado...

—Pero... ¿Por qué me ofrece esta posibilidad, doctor? Cuando yo mismo firmé en aceptarla...

—La verdad sobre estos asuntos —empezó Matías, sentándose nuevamente— es que después de *despertarte* el otro día, me puse a meditar sobre las implicaciones de estos tratamientos. Y creo firmemente, Gabriel, que a veces nuestros más profundos deseos no se ven reflejados en las elecciones que «decidimos» tomar, sino en las acciones que tomamos después...

A partir de allí, observé toda mi vida no como el fruto de mis decisiones, sino como el producto de mis reacciones a lo vivido.

—La única decisión que te pido tomar ahora —comentó el doctor, levantándose y acercándose al Ágora— ¿quieres volver a vivir tu otra vida, con todas las personas que solo vos conocés?

Capítulo 16

Vida siempre

Una sensación de adormecimiento fue llegando poco a poco, a medida que dejaba de sentir el peso de mi cuerpo sobre la base del Ágora, el frío del tacto de mi piel contra el aire de la habitación. Lo último que vislumbré fue la cara de Matías, mirándome mientras cerraba la tapa translúcida del compartimento en donde me encontraba.

Transcurrido un instante de tiempo que no sabría especificar, dejé de ser el individuo que era, y todo lo que acarrea conmigo, para ser un conjunto de innumerables individualidades permaneciendo a través de los eones.

* * *

Un fulgor naranja rellenó una gran parte de la superficie de mi visión, seguido por los atisbos de ciertas figuras borrosas alrededor. Sentí la sensación de tacto en mis ojos al abrirlos, mientras contemplaba las cercanías en donde me hallaba mi actual existencia.

Sonidos de diversas clases perpetraron en mi mente, algunos percibía con más claridad que otros; pero en unos segundos todo esto se volvió más nítido como para dejar de ser ajeno a la realidad.

—¿A-Ada? ¡¿ADA?!

Escuché una voz conocida diciendo algo, mientras que otros murmullos de palabras le siguieron. Alcancé a escuchar las palabras «...está despierto», «...llamen a Luna» y «...agua».

En un momento sentí algo frío apoyarse sobre mis labios, y en otro momento me encontraba ya sosteniendo un vaso con agua muy refrescante, el cual finalicé de un solo saque. Seguidamente, me enderecé y vi que me encontraba en la descuidada habitación en el lugar de Johan, y allí delante de mí estaban paradas tres figuras expectantes.

Mi amigo Lucas, y a su lado dos personas que no reconocía. Una de ellas era una mujer de gran estatura en comparación a Lucas —aunque ahora creo que Lucas quedaría por debajo ante cualquier comparación—, la otra figura era un hombre de escasa edad, con una mirada observadora. Él aún estaba cerca mío, hasta que retiró de mi pecho una especie de instrumento médico.

—Va a estar bien —comentó el joven—, solo necesitará consumir con cuidado productos locales, acaba de tener algún tipo de reacción negativa a alguno de los alimentos o bebidas del otro día. La fiebre se le pasará hoy con seguridad.

—Es ese «Elixir», sabía que no tenía que empezar a tomar —aseguró Lucas—. ¿Me escuchas, Ada?

En todo esto me preguntaba cuánto tiempo había pasado, y por qué tenía la tan mala suerte de sufrir lapsos de inconsciencia recurrentemente.

—Sí, Lucas... —alcancé a decir esforzándome un poco para que las palabras salieran torpemente. En ese momento se escucharon crecientes sonidos provenientes del

pasillo, y justo después pude ver entrando a la habitación a otras dos personas. Una de ellas era Johan, el cual portaba algún tipo de dulce en su mano, o en realidad solamente el paquete de este, porque el contenido seguramente se le había caído en su apresurada carrera.

Tardé en reconocer a una joven que venía detrás, no porque no supiera quién era, sino porque de alguna forma la empecé a ver en ese momento de una perspectiva totalmente diferente, como jamás había percibido a algún ser humano en toda la extensión de mi existencia.

—Luna...

Expresé débilmente.

—Ada, ¿estás...?

De repente recobré una porción de mis energías.

—¡Luna! Estoy... me alegro de verte —dije simplemente.

La chica rompió en sollozos, y no era la única que estaba emocionada dentro del lugar, incluyéndome a mí, que inesperadamente me encontré con los ojos húmedos y mi barbilla mojada.

Luna corrió y se abalanzó sobre mí, en un fuerte abrazo que comprimió cada parte de mi torso, y extendió dentro mío un sentimiento de profunda gratitud, alegría y...

—Después de todo lo que hemos pasado... —escuché el fluido susurro de Luna cerca de mi oído—, no podía pensar que... —su apretón se hizo más fuerte— todo terminaría con este fin. Ya no solo sería Andra...

Andra... y todo lo que sucedió desde entonces. Vinieron a mí las memorias de aquel día con Lucas en el que salimos junto a ella rumbo a nuestras clases, de todo lo que

hablamos mientras íbamos de camino a la Universidad, la esquina en donde nos cruzamos con Luna, después de tantos años; y a partir de allí todo cambió para siempre, de alguna manera.

—Necesito hablar contigo... luego —le dije a Luna mientras la acerqué ligeramente hacia mí.

—B-bueno... ¿Estás bien?

—¡Lucas! —exclamé.

—¿Sí? —el chico se acercó, mientras Luna se levantaba sorprendida, y su mirada parecía divagar a la par de sus pensamientos. Johan salió de la habitación.

—Necesito que arreglemos el MR-07 —puse mis pies sobre el suelo de purpúreos mosaicos. Noté cómo mis piernas reaccionaron ante el brusco cambio de temperatura—, todos necesitamos emprender el viaje, traer de regreso... a Andra con nosotros... y volver a casa.

Silbidos y ecos de salpicaduras eran traídos desde el ventanal al costado del cuarto. Los vestigios de una tormenta se hacían notar con sus sonidos crepitantes, y por la abertura entraba la casi gélida brisa de las corrientes de aire que surcaban aquellas masas de aire en los alrededores. El centro de la ciudad, a lo lejos, miraba maliciosamente en silencio.

—Ada, el MR-07... —comenzó Lucas, haciendo una pausa— está listo para viajar.

—¿QUÉ? ¿En serio? —miré la leve sonrisa dibujada en los labios de mi compañero, e igualmente yo también sonreí. Hasta largué una carcajada de júbilo.

—Ay Ádam, ¡te pierdes de tantas cosas cuando se te da por caer inconsciente! —exclamó riéndose Luna. Todos

nos reímos, hasta la pareja que estaba a un costado, observando con tranquilidad.

—No me han presentado a estos nuevos compañeros —declaré— ¿y si vamos todos al salón a comer y tomar algo caliente? Este viento me está perforando los huesos. ¿Es que Johan jamás va a arreglar esta casa? —comenté bromeando.

Momentos después, mientras limpiaba la mesa, Lucas ponía el mantel, Luna traía diversas frutas y preparados; mientras los dos recién llegados (para mí al menos) me contaban pequeñas porciones de sus vidas.

—...Y entonces cuando nos egresamos con Paula de la facultad de medicina aquí en la UNM, nos fuimos a vivir directamente juntos. 8 años ya pasaron desde que fundamos Sanin, nuestra empresa independiente de servicios médicos a pedido.

—¡No puedo creer que haya pasado tanto ya, Octavio! —comentó la chica— Después de todos los años de estudio, el resto parece haber transcurrido en un instante.

Tuve esa sensación extraña de recordar una memoria, pero no saber si era un sueño, o algo que había pasado realmente.

—Por cierto, ¿adónde se fue Johan? —preguntó Lucas, abriendo la puerta que daba al patio, buscando con la mirada al chico en el extenso rincón trasero de la casa, el cual contaba con un pequeño frondoso bosque que no permitía ser atravesado con la mirada— No vi siquiera adónde se dirigió, no dijo una palabra...

—Yo lo he visto un poco nervioso estos días —afirmó Paula—, ha estado comiendo poco durante las comidas...

—Aunque convengamos que siempre se la pasa comiendo chocolates y golosinas durante el resto del día...

—comenté.

—Sí, pero aun así...

—Lo he escuchado hablar mucho por teléfono, sonaba preocupado en la mayoría de ocasiones —dijo Octavio frunciendo sus labios.

Me acerqué a Luna, que estaba sentada en un viejo sofá carmesí, el cual creo que era lo mejor conservado en toda la vivienda.

—Lu —comenté en voz baja, pero no lo suficiente como para ser un susurro— ¿Ahora puedes...? — ella giró su cabeza lentamente.

—¿Sí? —preguntó con sus ojos de color miel bien abiertos.

—¿Puedo tener unas palabras contigo... en el patio?

Lucas terminó su taza de chocolate, a continuación se la llenó nuevamente con la jarra que aún vapeaba.

—Ehh... sí, claro —respondió Luna con tono agudo, luego se levantó del sofá y fue a limpiar tu taza en la cocina.

Las miradas de Octavio y Paula se alzaron y recorrieron intermitentemente el espacio que había entre nosotros dos. Pude ver leves sonrisas formarse en tan solo un segundo en sus rostros.

—¡Ada! —exclamó Lucas con potente voz, a la par que se terminaba su segunda taza de chocolate— ¿Cuándo... te vas a sentir listo para viajar? En principio está todo

listo —dijo el chico casi levantando las cejas—. Solo quería hacer una rutina de chequeo esta noche. Por si acaso...

—Me parece excelente, ¡yo ya me siento bien para viajar en cualquier momento! —afirmé, mientras me preguntaba qué le habían dicho a Octavio y Paula sobre nuestro tipo de «viaje».

Lucas se quiso servir nuevamente chocolate de la jarra, pero puso un gesto apenado al ver que ya no quedaba nada.

La brisa se deslizaba grácilmente sobre cada una de las hojas y ramas, que se movían danzando en ondulaciones. Veía vapor salir de cada una de mis exhalaciones... Y las de Luna.

El despejado cielo permitía atravesar la mirada más allá de la atmósfera, para poder recibir la luz de toda la multitud estelar, en su mayoría miles de años después de que esta fuera generada.

Escuché suaves pasos atrás mío, y el sonido de una respiración temblorosa se fue acercando lentamente. Débiles luces verdosas llegaban desde las concentraciones de la urbe, a la distancia.

—¿Desde cuándo hace tanto frío en abril? —exclamó Luna a un paso de mí. Llevaba puesto un ligero abrigo que había visto llevar a Paula antes.

—No lo sé, me cuesta creer que haya cambiado el clima de la región también. Tal vez es simplemente una oleada de corrientes frías.

Me senté en un viejo banco de madera que había a un costado, sobre el crecido césped que cubría todo el suelo,

hasta llegar a la arboleda del fondo. Las ramas allí habían dejado de mecerse.

—¿De qué querías hablarme? —Luna inquirió.

Me giré unos centímetros hacia la chica. Ella me miraba con ojos curiosos. Abrí la boca para decir algo, pero hubo una pausa hasta que empecé a hablar.

—Te quiero contar qué es lo que me pasó mientras estaba inconsciente aquí...

—¿Mientras...?

—Sí —la miré directamente—. He vivido experiencias que no parecían ser sueños o alucinaciones. Lo recuerdo muy bien, son memorias para mí. Pero estoy confundido, y es por eso que quería hablarte...

Luna se quedó en silencio, manteniendo su mirada sorprendida.

Entonces procedí a relatarle todo lo sucedido desde que me desperté sin tener idea de qué es lo que estaba pasando, en ese lugar que más tarde descubriría que era un centro de investigaciones neurológicas; hasta el momento en el que reingresé al Ágora.

Le conté todo con lujo de detalles, incluso hasta el hecho de que allí Andra era en realidad mi hermana Lucía (aunque no le mencioné lo que me había contado Lucas de su hermana, preferí que él tuviera esa elección.)

En múltiples ocasiones Luna me interrumpió para preguntarme algo que no le había quedado claro, a lo cual yo respondía hasta haber aliviado su duda. Ella parecía realmente interesada en la historia, y me escuchaba con mucha atención, lo cual me daba confianza para contarle absolutamente todo. No estaba muy seguro de qué pensar

en realidad de todos los eventos que podía visualizar en mi cabeza, pero el escurrir de mis palabras, de una en una, se sentía como romper hilos de acero que me sujetaban desde la espalda.

Cuando finalmente conté todas las historias y contesté a todas sus dudas, Luna miró a un costado, tal vez hacia el horizonte ya pintado de pequeños puntos y *degradés inenarrables*, y permaneció en silencio.

Se oían nuestras respiraciones temblorosas, teníamos ya entrelazadas nuestras manos, como si siempre lo hubieran estado. El palpar de nuestros corazones delataban nuestra cercanía y emoción. A lo lejos se dejó escuchar el crepitar de un trueno, resonando hasta apagarse en la fluorescencia nocturna.

—Tal vez debería... —comenzó Luna, sin dejar de mirar a la distancia— evitar que se me caigan las cosas cuando viajemos en un portador.

Ella me miró, y entonces recordé el momento en el que su *Magpen* se cayó accidentalmente en el primer viaje, siendo prácticamente la causa de todas nuestras desventuras. Nos reímos juntos, de una forma sincera, mientras nos observábamos el uno al otro.

—Luna... estas semanas han sido un conjunto de eventos diversos, únicos e inesperados —expresé observando el brillo de sus ojos, mientras podía sentir la tibieza de su mano.

—Una locura completa con todos los matices posibles, básicamente —comentó ella riéndose, mientras procedió a poner la capucha de su abrigo sobre su cabeza, justo después de que empezara a caer una fina llovizna, cubriendo

todo el patio de un gentil ruido de goteo constante.

—Exactamente, y estas semanas... —dije lentamente— creo que han cambiado completamente la percepción de la realidad en la que vivimos, es algo inexplicable...

—Una locura, sí... *pero la mejor locura de mi vida.* —dijo ella, y en el crecer de la noche, a medida que las gotas caían eternamente, arriba en lo alto, las estrellas nacían a su antojo, y veíamos convertir cada hilo de instantes en un atisbo de eternidad.

* * *

El brillo de las luces provenientes de la pantalla indicadora en el interior de nuestro portador anunciaba nuestro inminente viaje, donde intentaríamos de alguna manera traer a Andra de regreso. ¿O a Lucy, debería decir? Mi mente se agitaba continuamente, cuando escuché a alguien hablar.

—¿Está todo funcionando bien ahí adentro? —exclamó desde afuera Octavio con su voz cálida, mirando a Lucas, que estaba a mi costado examinando las luces de ciertos circuitos que se habían conectado improvisadamente al sistema en el interior del MR-07. Vi cierta expresión de duda en mi compañero.

—*Creo* que todo está funcionando como debería —contestó Lucas, medianamente seguro. Los dos chicos continuaron intercambiando detalles técnicos del asunto, mientras a un lado observé a Paula hablando, estaba sentada en la orilla del portador mientras Luna escuchaba.

—...volver a 1127 y evitar que Andra cancele la guerra de los nativos, sí, ¿pero eso no significaría que ustedes nunca hubieran existido? Es decir, esta *línea temporal beta* se creó por la modificación en el transcurso de la historia natural. ¿Arreglar eso no implicaría que la realidad en donde nos encontramos ahora desaparecería?

Luna la miró, pareció reflexionar por un momento haciendo su conocido gesto de agarrarse la barbilla, y luego comentó suavemente.

—*No sé si existe algo como historia natural...* según a lo que entiendo, los sucesos en el tiempo siempre están fluyendo, nuestros precedentes son nuestras raíces, y todo el tiempo vamos influenciando la integridad temporal, y se van originando nuevas ramas de posibles *historias* —Luna miró hacia donde yo me encontraba y luego se volvió hacia Paula—. Cuando volvamos a 1127 nos vamos a encontrar con nuestros dobles, vamos a evitar que Andra cancele el inminente conflicto, por lo que ella seguirá existiendo... Entonces en teoría... ella nunca debería haber desaparecido *tampoco* de nuestra línea temporal —hizo una breve pausa— I partir de ahí ya no sé qué va a pasar. *Pero es nuestra única opción.*

—Entiendo... —murmuró Paula, mientras Luna guardaba silencio, pensando tal vez en encontrar la respuesta a todas las incógnitas. Del otro lado, vi a Lucas darme un gesto comunicándome que todo estaba listo para comenzar nuestro viaje.

Ninguno de nosotros sabía cómo se iban a desenvolver los eventos una vez que volviésemos el curso de la historia a su estado *original*. ¿Aparecería otra Andra junto a noso-

tros, aparte de la que ya se encontraría allí? ¿Se unirían de alguna manera las dos líneas temporales?

Ante la incertidumbre, cualquier improbabilidad deja de serlo.

Nos despedimos de Octavio y Paula, sin decir nada, solo abrazándonos. En las últimas horas, ya nos habían deseado incontables veces lo mejor en nuestro viaje.

Habiendo dejado todo listo, los tres ahora nos encontrábamos en el interior de la máquina, que comenzaba a hacer diversos zumbidos metálicos una vez que Lucas *seteaba* las configuraciones para viajar.

Mi compañero presionó una serie de botones, es una pantalla táctil que había instalado en uno de los costados de la máquina, provocando que la puerta se cerrara lentamente y se escuchara el clásico sonido del seguro fijándose. A través de los pequeños monitores instalados, pudimos ver que desde fuera la pareja de médicos nos observaba nerviosamente con atención.

Viajar en el tiempo es curioso. Quiero decir, *realmente viajar en el tiempo*, no como se presenta en las películas y demás. Uno se imagina que van a producirse una serie de chisporroteos eléctricos, efectos visuales y sonidos acordes a todo esto.

Pero, querido lector, el viaje en el tiempo se parece más a subirse a un ascensor roto que de alguna manera está surfeando las olas del océano.

Luna, Lucas y yo intercambiamos miradas. Y no simplemente eran miradas efímeras de observación, sino que eran gestos de confianza, de amistad y una fuerte sensación de vínculo que no había sentido en toda mi vida.

—¿Según el plan? —exclamó Luna con una sincera

sonrisa, con un leve tono de esperanza.

—Según el plan —dije simplemente—. ¿Lucas...?

—¡En unos 20 segundos el potencial de rotacional EM llegará al punto crítico, y tomamos vuelo! Mientras tanto —murmuró el chico con una feliz expresión—, voy a probar el sistema de audio que instalé en el techo...

Totalmente incrédulo, comencé a escuchar los primeros acordes de la canción *Waterloo*, y unos momentos después todo se sacudió.

Capítulo 17

Fantasmas del bosque

No puedo creer la cantidad de tiempo que nos llevó encontrar Cörindor. El portador no se ubicó en la misma posición que la vez anterior que llegamos a 1127, sino que nos dejó en un pastizal a los costados del bosque. No fue hasta que nos subimos a un cerro elevado, que pudimos divisar las notables construcciones del pueblo, y poder establecer nuestra marcha hacia allí.

Según nuestros cálculos, la llegada de la tribu «opositora» sería en unas dos horas, momento en el cual debíamos interceder para evitar que Andra detuviera el conflicto. No sabíamos qué pasaría si nos encontrásemos con nuestros «dobles», aunque tratábamos de pensar no mucho en ello.

Apresuramos nuestra marcha, mientras recitamos una y otra vez los planes de acción que cada uno de nosotros iba a tomar.

—Lucas, tu tarea es hacerte con el celular de Andra —dijo Luna firmemente—. Es la única manera para evitar que se produzca el cambio de eventos de forma «natural». Ella siempre lo dejaba en el pequeño bolsillo de su mochila, no sería demasiado complicado hacerte con él.

—¿Y tomar su celular no tendrá consecuencias a futuro? —preguntó el chico.

—No lo podemos saber por completo, pero es nuestra mejor chance al respecto —contestó la chica, mientras a lo

lejos se comenzaron a escuchar los típicos tambores que Cörindor tocaba siempre poco antes del atardecer.

—Ada —profirió Luna— Si bien comentamos que tu tarea iba a ser crear una distracción para asegurarnos de que nadie estuviera presente en el cuarto cuando Lucas entrase a tomar el celular...Es mejor que eso lo haga yo. Lo he estado pensando, y creo que es necesario que hagas una cosa mucho más importante.

La miré, preguntándome qué tendría planeado Luna.

—Básicamente, debes encontrarte con tu «doble», y convencerle de que ellos cuatro abandonen Cörindor inmediatamente, para evitar mayores implicaciones temporales. Probablemente, ese Ádam tenga un pequeño shock inicial, pero no considero que vaya más allá; todo esto de los viajes en el tiempo hará que lo entienda más rápido.

—Es decir... que vuelvan a su MR-07 y lo arreglen para que en su regreso al 2024, esta vez con Andra, vuelva todo a la normalidad. Y esto... —comenté a la chica—. He estado pensando en qué va a pasar cuando nosotros volvamos al 2024. ¿Habrá dos realidades existiendo paralelamente? Eso es al menos lo que nos diría *la interpretación de los muchos mundos*, pero no se puede asegurar nada.

—¡Supongo que ya tienes tarea para cuando volvamos a casa! —comentó riéndose Lucas—. Por cierto, ya les dejé las provisiones y herramientas necesarias al otro Lucas, *el menos cool*, para que pueda arreglar todo sin problemas.

—De acuerdo a lo que hablamos... —siguió Luna—, el otro Ádam va a estar solo, sentado sobre el balcón al lado de la habitación, esa noche después de que el poeta

pelirrojo... nos relatase esa historia.

—Es mejor que hable *conmigo* a solas, y que no me vea nadie más —decir esa frase se sintió un tanto extraño—. Tengo que... *convencerme* de que esa noche *ellos* vuelvan a la máquina, ayuden al otro Lucas para arreglarla cuanto antes, y vuelvan a 2024.

Caminábamos a paso firme, bajo el cielo estrellado, con grandes árboles a nuestros costados. Mis propias palabras sonaron demasiado idílicas como para creerlas en ese momento, ¿pero qué otra cosa podíamos hacer? Aun así, me preocupaba qué pasaría si fallábamos en nuestra tarea, ¿tendríamos una segunda oportunidad? Ni siquiera sabíamos si los detalles técnicos permitían la solución que estábamos buscando. Pero hay que continuar.

Ya a unos cien metros, el firmamento con estrellas era recortado por la sombra de la ciudad de Cörindor. Sobre uno de los balcones laterales, una figura permanecía sentada mirando al horizonte.

* * *

—Sé lo que piensas —le dije suavemente, y él giró su cabeza en mi dirección—. No sé si todo va a ser digno de escribirse como una novela... pero de lo que estoy seguro, es que para nosotros, Andra es como una hermana. Y no queremos perderla.

Aquel chico que *era yo*, seguía mirándome fijo. No emitía ningún sonido, parecía casi como si estuviese conteniendo su respiración. Intentó mirar a otro lado y pestañeó rápidamente, como si yo fuese un fantasma producto

de su imaginación, que se iba a esfumar luego de soñar despierto por unos segundos.

Pero *yo*, este fantasma inevitable del futuro, no me fui. Incluso si él pretendía no escucharme, escaparse, ambos sabíamos que yo siempre volvería, una y otra vez, a intentar cumplir mi cometido. A intentar salvarla a *ella*.

La noche sería larga para «ellos», y nuestras dudas eran aún mayores, aunque dentro mío realmente tenía la esperanza de que la historia volviera a su curso normal.

Una o dos horas después, en el interior del añejo bosque de coníferas, y bajo la luz gélida lunar en esa noche de verano, mirando entre los árboles, se podía vislumbrar chispas saliendo del interior del portador en medio del bosque. Allí adentro vimos a «ese» Lucas ya casi finalizando los arreglos necesarios de la máquina. A su alrededor, tres figuras erguidas le ayudaban a sostener y alcanzar cosas.

No mucho tiempo después, el brillo cesó. Las figuras, casi fantasmales bajo la luz nocturna, tomaron varias cosas del suelo y se metieron al interior del portador. Si nos hubieran podido ver entre los árboles, observando y esperando, los fantasmas hubiéramos sido nosotros. Y al fin y al cabo en ese momento lo éramos. Fantasmas en el velo de la existencia.

Un estallido de luz. Y luego nada. Solo el sonido de aquellas sorprendidas aves que se habían despertado, ya acercándose la hora del amanecer.

Hora de volver a casa.

Capítulo 18

Nada va a cambiar

La sonrisa de Andra al comer su sabor de helado favorito, almendrado, era digna de pintarse en un cuadro. O tal vez una foto, ya no sé qué es lo que prefiero. Andra *existe*, y eso es todo lo que importa.

—¡Vamos a llegar tarde a la exposición de Luna, ya son las ocho! —dijo preocupada la chica, mientras caminábamos sobre el puente de madera que cruzaba el río de la ciudad.

—Ya, ya, estas cosas nunca empiezan a horario en esta ciudad, aunque conociendo a Luna... —apuré un poco el paso, y arrojé mi cucurucho vacío en un cesto al final del puente— En ese caso, voy a llamar a Lucas para decirle que nos encuentre directamente en el lugar.

Unos diez minutos más tarde, llegando al lugar, pudimos ver que a un costado de la entrada de la galería, estaba reunido un gran número de personas, la mayoría jóvenes, pude reconocer a algunas caras familiares de la universidad. En el centro de esa cohorte, tapada un poco por la pared humana y notablemente nerviosa, estaba Luna di Bucci, la expositora de esta noche, presentando su colección más reciente, «Römer y Yunet», un trágico cuento narrado a través de 20 cuadros.

A mi lado, Andra suspiró emocionada.

—Muero de felicidad al ver que al fin nuestra Luna se

animó a presentarse al concurso, ¡y ganó la noche de expo!

—Tiene un gran talento —exclamé, y pasamos al costado de donde estaba nuestra querida amiga en la muchedumbre. Nos vio fugazmente y recibimos su rápido saludo desde la distancia. Entramos al gran salón del edificio.

Lucas ya estaba allí —quién sabe cómo había llegado antes que nosotros—, y en su mano sostenía una copa con lo que parecía ser *champagne*. Él estaba hablando con un chico y una chica de la universidad, se lo veía notablemente animado.

Nuestro amigo giró su cabeza, y sus ojos se posaron primero sobre mí, y luego sobre Andra. Se quedaron allí un momento que a mí me pareció como una pequeña pausa, como si él no esperase verla allí. Como si hubiera sido imposible que Andra estuviese presente.

—¡Viejo! Qué bueno verte después de tus vacaciones —le dije a Lucas, dándole una palmada en el hombro—, ¿no nos vas a presentar a tus amigos?

Lucas nos miró con una afable sonrisa, gusto de vernos a todos juntos en este evento especial. Durante los siguientes diez minutos, él nos estuvo contando cómo conoció a Paula y Octavio, quienes eran sus dos acompañantes (ahora eran pareja), hacía muchos años en un pueblo cuando eran niños, y su abuela preparándoles cosas ricas para comer en la tarde... En ese momento vimos que Luna entraba ya al edificio, aún perseguida por sus fans más jóvenes, coreando su nombre.

La chica estaba notablemente incómoda, aunque se la veía feliz por todo lo que estaba pasando. En un intento por escabullirse de la muchedumbre, ella vino corriendo

hasta adonde estábamos nosotros, y nos dio una gran sonrisa un poco ruborizada.

—Ahora que estamos todos... —exclamó Lucas— ¡quedan todos invitados a mi presentación de tesis! Al fin me recibo de ingeniero electrónico. Un año después de lo que pensaba, pero aun así...

—¡Nunca te rendiste! Tu esfuerzo realmente es de oro —exclamó Andra enérgicamente, cerrando sus puños en el aire.

—¡GRACIAS! —dijo casi gritando, emocionándose. El chico realmente se contagió del entusiasmo— Gracias Andra... Y también, la otra noticia, durante mis vacaciones conocí a alguien de *una empresa de portadores*, y ya arreglaron conmigo... quieren que trabaje allá.

Todos exclamamos sonidos de sorpresa y felicidad.

—¡Pero ya saben! —dijo Lucas— puedo estar de regreso en casi un instante.

—¿Ámsterdam, eh? Siempre soñé en tener una pequeña casita o apartamento en esa ciudad —expresó Andra.

Desde el techo se escuchó un sonido musical, y luego una voz hablando, invitando a todos a cierta actividad en el recinto.

—¡Va a estar mi proyección en la sala de audiovisuales! ¿No les conté? —preguntó Luna. En sus ojos pude notar un brillo especial. Me gustaba verla feliz— No pensé que iba a tener seguidores tan interesados.

—Ciertamente te quieren mucho —le dije mirándola alegremente.

Entre los cinco la felicitamos, notando el mucho esfuerzo

que le había puesto a su proyecto en todo este tiempo. Andra le dio un fuerte abrazo, con su característico cariño de todos los días.

—Bueno... —empezó diciendo Luna por lo bajo—, creo que si hacemos de cuenta de que vamos en parejas, no nos seguirán tanto, todo el tiempo. ¡Lucas, ve con Andra!

—¿Ah, aah? —dijo el chico, terminando de un sorbo la copa de *champagne*. Andra se apresuró a tomarle del brazo, y ambos se giraron en dirección al pasillo que iba hasta la sala de proyecciones, cine-teatro, o como se llame. Lo mismo hicieron los amigos de Lucas.

Entonces sentí en mi brazo izquierdo una suave presión. Luna me había tomado del brazo, y antes de que yo lo supiera, estábamos ingresando por el umbral de la pintoresca sala.

—¿CÓmodo? —preguntó mirándome.

—Sí —le dije, dejando de mirarla para ver donde ponía mis pies en la roja escalera alfombrada. Me sorprendió que de repente tuviera tanta confianza conmigo, no nos habíamos visto desde hace un mes, justo antes de que Lucas se fuera de vacaciones a Ámsterdam, y nos juntáramos los cuatro a tomar un café cerca del río, irnos a casa de Andra y comer pizzas. Esa noche despedimos a Luna al frente de su edificio, y volvimos los tres juntos a nuestra residencia.

—¿Tuviste algunos ayudantes...? —dije mientras entrábamos en la fila de asientos— Lamento no haberme ofrecido, justo presenté la tesis la semana pasada, aunque no es excusa...

—¡Ada! No te preocupes —dijo Luna riéndose—. Yo

tampoco fui a tu presentación de tesis, así que estamos a mano —ella dejó su bolso al costado del asiento, y se reclinó suavemente. Inclino su cabeza en mi dirección—. Para compensarnos mutuamente, si quieres otro día vamos a cenar en lo de Reggio.

—¿Oh? Oh. Está bien, me parece bien —exclamé asintiendo repetidamente. Las luces se apagaron. Sobre la pantalla, aparecieron las siglas de la universidad y los auspiciantes del evento.

Una voz cálida empezó a narrar la historia de Römer y Yunet, mostrando el primer cuadro, una apacible casa al costado de una rivera cubierta de arbustos, los cuales desprendían tenues luces doradas y rosas. En una esquina estaba presente en letras plateadas «Luna di Bucci». Las figuras bidimensionales se movían al unísono, acompañadas por música solemne.

Los cuadros que ella pintaba me parecían de lo más extraordinario... Modernos, pero tan evocantes de un estilo clásico. Impresionistas, pero a la vez salidos de una galería del Renacimiento.

Al final, en el último cuadro, que mostraba una visión del Gran Árbol, teñido en tonos violetas, verdes y grises. El narrador terminaba de contar los remanentes de la historia. La imagen fue desvaneciéndose hasta llegar al negro.

Luna susurró a mi costado.

—Y ahora, una sorpresa...

A continuación, en la pantalla pudo verse apareciendo

suavemente la imagen que al principio no pude identificar. Pero luego fue en mi mente tomando forma, y pude ver una figura femenina, muy prístina y brillante. A su alrededor parecían surcar rayos resplandecientes, pululaban centellas eléctricas.

Existían solo tres personas que sabían lo que ese cuadro significaba. No se alcanzaba a ver un rostro, pero era Andra, en el borde de su existencia.

Y con esto, la música tomó un matiz esperanzador, y finalmente la animación terminó. En el recinto, resonaron fuertes ovaciones y silbidos; la mayoría nos pusimos de pie mientras aplaudíamos.

Entre medio de las aclamaciones, Luna me miró, se me acercó un poco y pude escucharla pronunciando suavemente dos palabras.

—Te extrañé.

Miré hacia sus ojos, su nariz, labios y pómulos. Siempre me había parecido que Luna tenía bellos rasgos. Y después de todo lo que pasamos... recordé cuando ella me había cuidado cuando estaba herido, en aquella ciudad disidente que ahora ya no existe.

—Yo también.

Andra nos miró desde su asiento, sonriendo abiertamente.

Y yo sonreí. Pero más importante que todo, *ella* existía. Y su vida podría dejar una huella en este mundo, a través de la eternidad.

ÍNDICE

CAPÍTULO		PÁGINA
0	Prefacios	7
1	Destinos alterados	13
2	Forasteros en lo desconocido	23
3	Lo humano del encuentro	29
4	Leyendas de un pasado distante	37
5	Alteración de la raíz	43
6	Energía del punto cero	51
7	Distopía	59
8	En boca de lobo	69
9	Jugando con fuego	77
10	Sueños en la oscuridad	83
X		87
11	Singularidad de eventos	89
12	Las garras del horror	95
13	Nuevo ángulo	101
14	Vida	109
15	Ficciones	115
16	Vida siempre	123
17	Fantasmas del bosque	137
18	Nada va a cambiar	141

Dale
la oportunidad
a un novel



Conocé más sobre esta obra en
www.tintalibre.com.ar
o escaneando el código.



RESEÑAS
FRAGMENTOS
EXTENSAS
BIOGRAFIA
SINOPSIS
COMENTARIOS
EBOOK DISPONIBLE

Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2023
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899

